

La riqueza del lenguaje en la narrativa de Juan Gossáin
Análisis semiótico de la obra “Las palabras más bellas y otros relatos
sobre el lenguaje”

Proyecto presentado para obtener el título de
Profesional en Estudios Literarios
Universidad Autónoma de Bucaramanga

Nohemy Cecilia Durango Pacheco

Abril, 2020

La riqueza del lenguaje en la narrativa de Juan Gossaín
Análisis semiótico de la obra “Las palabras más bellas y otros relatos
sobre el lenguaje”

Proyecto presentado para obtener el título de
Profesional en Estudios Literarios
Universidad Autónoma de Bucaramanga

Director (a)

Claudia Mantilla Durán

Nohemy Cecilia Durango Pacheco

Abril, 2020

Resumen

Este trabajo de grado es una reflexión crítica desde la perspectiva de la Semiótica de la Cultura y del Lenguaje de la última publicación del escritor colombiano Juan Gossaín: *Las palabras más bellas y otros relatos sobre el lenguaje (2018)*, en la cual el autor hace una gran disertación sobre la importancia del lenguaje en nuestra cotidianidad colombiana. El trabajo muestra la riqueza que tienen las palabras, especialmente aquellas en las cuales reflexiona el autor, y pretende mostrar las características del lenguaje que referencia Gossaín, mediante un análisis crítico a dos conjuntos de relatos donde se observa variados usos del idioma, la mutación y cambio que puede sobrevenir a las palabras en su devenir sociocultural.

Palabras clave:

Lenguaje, semiótica, narrativa, crítica.

Tabla de Contenidos

Resumen.....	3
Palabras clave:	3
Introducción.....	5
Capítulo 1. Hacia una primera caracterización del lenguaje	13
1.1 Antecedentes	14
1.2 Características del lenguaje.....	19
1.3 Referentes lingüísticos y literarios.....	26
1.4 Análisis del primer conjunto de relatos.....	31
1.5 Consideraciones críticas.....	39
Capítulo 2. La palabra como signo creado. La variedad en la unidad del español. .	44
2.1 Hacia una tipología de las palabras referidas en la obra de Juan Gossaín.....	47
2.2 Análisis de los relatos	65
2.3 Consideraciones críticas	70
Conclusiones.....	75
Referencias Bibliográficas.....	79

Introducción

En el imaginario colectivo, la credibilidad de una persona se basaba en su palabra. En épocas anteriores a la nuestra se decía que una persona era de palabra porque cumplía todo lo que proponía. La mayoría de los contratos eran de palabra porque ésta poseía la fuerza y credibilidad para hacer todo tipo de vínculos, tanto económicos como sociales ya que la honra se basaba en la palabra dada. Actualmente esa facultad de la palabra se ha perdido en buena medida, puesto que la gente promedio se ha acostumbrado a no darle la importancia que tiene, también se nota una falta de interés hacia el lenguaje como una actitud generalizada; ya que los intereses muchas veces están enfocados hacia otras tendencias como: las nuevas tecnologías y las redes sociales entre otras, que muchas veces distancian el interés hacia el lenguaje. Ahora una persona puede decir una cosa y hacer otra, por ello desafortunadamente la palabra ha perdido peso y trascendencia. Frente a ese descrédito actual de la palabra, surgen las reflexiones de un escritor colombiano que trata de devolverle a la palabra su relevancia social.

El pasar más de dos décadas al frente de las noticias de una cadena radial, ha hecho de Juan Gossaín una verdadera institución del periodismo en Colombia. El escritor ha desarrollado una narrativa rica en géneros y temas que van desde la novela, con su ópera prima *La mala hierba* (1981) donde muestra cómo la guerrilla y el narcotráfico corroían nuestra sociedad e instauraron los primeros años de violencia en nuestro país. Pasando por sus libros de cuentos, en los que su gran facultad de contar buenas historias ha generado obras como: *Puro cuento* (2004) y *Etcétera* (2008). Su profesión de periodista lo ha hecho retratar nuestra sociedad en sus crónicas *La nostalgia del Alcatraz* (1989) y *La Memoria del Alcatraz*

(2015) donde recoge temas que son relevantes en nuestra historia ya que muestra la crudeza de la realidad colombiana donde el político se corrompe, al pobre no le llega la ayuda del gobierno, y el avivato busca por donde desfalcarse al pueblo. También ha explorado en su narrativa la funcionalidad y la riqueza del lenguaje a través de muchas de sus columnas en periódicos y revistas. Recientemente publicó un libro que reúne una serie de relatos donde comparte sus reflexiones alrededor del lenguaje *Las palabras más bellas y otros relatos sobre el lenguaje* (2018), en esta obra promueve el conocimiento y el amor que se debe tener hacia el lenguaje y el valor del uso de las palabras en contextos socioculturales como el colombiano.

Este trabajo de investigación hace parte del campo de acción de la Crítica Literaria, ya que pretende analizar e interpretar desde la Semiótica de la Cultura y del Lenguaje de qué forma el escritor colombiano Juan Gossaín, en su última obra *Las palabras más bellas y otros relatos sobre el lenguaje* (2018), pondera lo valioso que es conocer el lenguaje en cualquier contexto socio cultural colombiano, y repara en el uso del idioma como motor que dinamiza las prácticas significativas de los hablantes y de nuestras realidades cotidianas. Teniendo en cuenta que el aparato crítico en torno a la obra de Juan Gossaín es limitado, fue imperativo escudriñar, desde sus relatos, sobre la movilidad del lenguaje en relación con el uso de ciertos términos, el desuso de algunas palabras, y la recreación constante de la lengua como un elemento de riqueza idiosincrática. Gossaín con sus reflexiones sobre el lenguaje es un caso atípico en Colombia, de allí que el tema de análisis de esta investigación despierte el interés de las nuevas generaciones de investigadores y escritores, para quienes las palabras y la forma de hablar en nuestro país resulta ser la expresión de nuestra idiosincrasia, y una expresión vital de la relación lenguaje - cultura.

Este tema de investigación surge de un interés personal alrededor del buen uso del idioma, su buen uso, con toda su tradición literaria a cuestas, y el hecho de observar que constantemente éste es recreado en las prácticas cotidianas y en las formas en que se comunican los grupos humanos. Al ver que el escritor es afín a este interés con su libro de relatos sobre el lenguaje, ha surgido esta inquietud de sumergirme en sus reflexiones y hacerlas objeto de estudio en el intento de responder la siguiente pregunta problema:

¿De qué manera el uso del español, hablado y escrito en la actualidad, dinamiza las prácticas significativas y culturales en ciertos contextos colombianos?

Conviene entonces precisar desde un comienzo qué se entenderá en esta investigación por idioma, habla, lengua, lenguaje, todo enmarcado dentro de los estudios de la Semiótica de la Cultura. Para iniciar, diré que el idioma español es una lengua viva y que la lengua encarna la esencia de nuestra cultura. Valoramos el sentido de una palabra mediante el estudio de la lengua, de allí que en cierta instancia esta propuesta de investigación asome a los terrenos de la Lingüística, pero especialmente a los de la Semiótica, en la medida que la reflexión girará en torno a un conjunto de signos articulados, y a los sentidos que operan en el uso de la lengua y que dinamizan las formas de relacionarse y comunicarse en ciertos contextos colombianos, específicamente los referenciados por Juan Gossain en su obra.

Los sociólogos y lingüistas han dicho que la cultura nace y se recrea en el lenguaje, ya que éste en su dimensión totalizadora, cubre tanto al lenguaje articulado como el gestual, e incluye la lógica designativa de la que hablan los lingüistas (Bigorra, 1978), así como formas expresivas y exclamativas, que se constituyen también en parte de los códigos culturales.

Vale la pena retener la siguiente precisión que permitirá entender el uso de las palabras en esta investigación a partir de su dimensión sociocultural:

Es a partir de los trabajos de Humboldt que se inicia la conceptualización de la lengua como una actividad humana en su doble característica de actividad y producto del espíritu, dándole Vico su connotación cultural, Jespersen el de ser una actividad intencionada, Hermann Paul y los neogramáticos la concibieron como actividad psíquica y fue Whitney quien inició el enfoque social para su mayor formalización a cargo de Meillet, quien apoyado en las tesis de Durkheim vino a colocar a la lengua entre los fenómenos sociales. Sommerfelt recoge esta colocación y dice: "La lengua es un sistema de signos que actúa como modelo colectivo independientemente del individuo particular. es un código externo al individuo, cuyas reglas tienen que ser observadas por éste" (Uribe Villegas, O. 1970. Citado por Rodríguez Sala, 1983).

Es así como se establece que el lenguaje, basado en signos lingüísticos, según Granai no copia la cosa, sino que la sugiere o la indica, o sea, la simboliza, y al hacerlo así, la recrea: le da una existencia nueva y por lo tanto la función simbólica somete a la comunicación a la arbitrariedad o al convencionalismo: la hace que dependa de un signo que se toma por lo que no es. Es necesario tomar a los signos lingüísticos por lo que no son, pero con la condición esencial de que la relación arbitraria que una la emisión vocal al concepto que significa, sea admitida por los interlocutores; que se dé un universo común de discurso y con ello que se pertenezca a una misma cultura" (Rodríguez Sala, 1983, pp. 153).

En cualquiera de las formas en que se exprese el lenguaje, su función está estrechamente vinculada a lo cultural. Precisamente, estas son las cualidades que animan esta reflexión, y de allí que sean trascendental a lo largo del análisis tomar en cuenta las consideraciones socioculturales e idiosincráticas ligadas al lenguaje. De otra parte, la reflexión sobre el lenguaje es imperativa para los profesionales en estudios literarios, porque la palabra es la herramienta esencial de su actividad, y además por el hecho de abrir un orden de intelección más vasto en la reflexión sobre el valor y el uso del lenguaje mismo, por ello resulta pertinente preguntar a partir de los relatos de Juan Gossaín ¿De qué manera el uso del español, hablado y escrito en la actualidad, dinamiza las prácticas significativas y culturales en ciertos contextos colombianos? Este ejercicio metacognitivo se aborda desde el trabajo literario del escritor Juan Gossaín, lo cual fuera de incrementar el interés por la reflexión sobre el uso del lenguaje y el valor de las palabras en un contexto diverso y variado como el colombiano, permitirá también configurar parte del aparato crítico de la obra del autor. Se espera también, que sea de especial ayuda a los próximos investigadores que se interesen por la obra de Juan Gossaín y ésta sea objeto de futuros proyectos debido a los grandes aportes que hace a la literatura colombiana.

El objetivo general de este trabajo es analizar las características del lenguaje sobre las cuales reflexiona el escritor Juan Gossaín en su obra: *Las palabras más bellas y otros relatos sobre el lenguaje* (2018).

Los objetivos específicos, derivados de este propósito, son los siguientes:

- Relacionar las nociones de lenguaje y cultura, a partir del uso de las palabras seleccionadas por Juan Gossaín en su obra.
- Identificar las formas en que el lenguaje se dinamiza en un proceso creativo actualizado por el uso social y cultural de ciertos contextos colombianos.

Después de escudriñar algunos fundamentos teóricos de la Semiótica que sirvieran al propósito de la reflexión sobre el uso del lenguaje que señala Juan Gossaín, se optó por el semiólogo Umberto Eco, el cual con su Semiótica de la Cultura nos brinda los elementos necesarios para relacionar la palabra y el lenguaje con su contexto de enunciación en un marco cultural determinado, dicho estudio proporciona el sustento para un análisis del lenguaje y de los fenómenos socioculturales ya que propone un código que gobierna las reglas de comunicación, pero que a la vez está en constante dinamismo, renovándose con las prácticas culturales en el tiempo. Umberto Eco pondera, además, el poder de la dimensión connotativa del lenguaje, donde residen las lenguas vivas, y el potencial de expresión de los hablantes, así como la riqueza del lenguaje literario, lleno de metáforas e invenciones del lenguaje. A partir de la semiótica cultural se pretende ver el trasfondo cultural del lenguaje sobre el que discurre Gossain en su obra, ya que el proyecto aborda algunas palabras curiosas y cotidianas que usan los colombianos y que construyen sentidos según la región, o el contexto donde se expresan.

Este trabajo es un análisis del lenguaje en el marco del contexto sociocultural colombiano, a partir de la obra *Las palabras más bellas y otros relatos sobre el lenguaje* (2018) del escritor Juan Gossaín, aunque su año de publicación es reciente algunas de los relatos que ahí se encuentran corresponden a sus columnas publicadas en el periódico El

Tiempo en años anteriores. El género que se trabajará es el relato, siendo éste el que mejor describe sus reflexiones acerca del lenguaje, por su brevedad y apego a la realidad, y porque en última instancia toda narración literaria genéricamente es un relato, claro está que, algunos de ellos conservan un tono cercano a la crónica por su poder narrativo y desarrollo en el tiempo, de tal forma que el lector percibe en dichos relatos historias que navegan entre lo literario y lo periodístico.

Por su parte, el trabajo de investigación gira alrededor de dos conceptos claves en esta reflexión: el lenguaje y la cultura. Por ello el proyecto consta de dos capítulos distribuidos así:

El primer capítulo aborda la riqueza del lenguaje a partir de las reflexiones de Juan Gossaín, identificando y desarrollando tres características del lenguaje que están implícitos en sus relatos: un lenguaje poderoso, divertido y dinámico. Características que se consideran esenciales y que están estrechamente ligadas al contexto cultural y aspectos idiosincráticos de Colombia. El lenguaje, desde la perspectiva teórica de la Semiótica de la Cultura de Umberto Eco, sostiene que todo hecho cultural es susceptible de ser abordado desde la comunicación y el lenguaje, y esto es precisamente lo que constantemente advierten los relatos de Gossaín.

El segundo capítulo se detiene en las palabras elegidas por Juan Gossain para reparar en las marcas lingüísticas y semánticas y su relación con los imaginarios sociales, para ello se hace una reflexión profunda de las palabras que propone el autor en sus relatos. Las asociaciones que despiertan algunas palabras en los hablantes, en relación con las nociones

de belleza y fealdad, el poder que encierran, los límites de su existencia y la multiplicidad de usos que tienen. Esta reflexión se sustenta también desde la teoría de la Semiótica de la Cultura de Umberto Eco, ya que esta afirma que para que haya realmente comunicación, el código debe ser común entre los integrantes de los actos comunicativos, y aun así abre un amplio compás de interpretación al señalar que en los procesos de significación y construcción del sentido dichos códigos pueden recrearse en el tiempo.

Finalmente, espero que este trabajo sea un punto de partida para futuros proyectos que pretendan escudriñar la prodigiosa narrativa de un escritor colombiano poco conocido y estudiado, y las consideraciones que competen a la investigación sean una herramienta útil para los futuros lectores y críticos del escritor Juan Gossaín, pero no solo para ellos sino para todo aquel que se interese en la riqueza del lenguaje en el contexto colombiano.

Capítulo 1. Hacia una primera caracterización del lenguaje

El lenguaje es esencial a la especie humana casi como la respiración o los latidos del corazón para vivir, siendo el lenguaje que hablamos y practicamos los colombianos lo que enmarca significativamente nuestra cultura, puesto que el lenguaje como creación cultural incluye las formas particulares en que se desarrolla la lengua, y el contexto sociocultural es el encargado de dinamizar dicho lenguaje.

En este primer capítulo presentaré algunos antecedentes generales en torno al lenguaje como expresión simbólica que deriva en la creación y reproducción de significados compartidos por una sociedad, y que van a determinar, en buena medida, nuestras diversas formas de comunicación. Comparto brevemente algunos estudios relevantes del lenguaje que preceden el interés de Juan Gossaín, y que derivan en una Semiótica de la Cultura, fundamento teórico de la presente investigación.

En segunda instancia, me detendré en algunas características del lenguaje que usamos los colombianos, y que pueden identificarse y agruparse en los relatos de Gossaín; los referentes literarios y lingüísticos más relevantes que han influido en el escritor para adentrarse en el estudio del lenguaje y que inciden axialmente en la caracterización del lenguaje que pretendo establecer. Por último, desarrollo el análisis del primer conjunto de relatos del autor, presente en la obra: *Las palabras más bellas y otros relatos sobre el lenguaje* (2018), para finalmente plantear las consideraciones críticas frente a la concepción

de lenguaje en el marco cultural de nuestro país, derivadas de las reflexiones del escritor Juan Gossaín, y que pueden rastrearse desde una perspectiva de la Semiótica de la Cultura.

1.1 Antecedentes

Desde los comienzos de la humanidad, el ser humano ha tenido una constante preocupación hacia la forma en que se comunica con sus semejantes. Por ello desde que el hombre tiene conciencia de sí mismo y reconoce que pertenece a una sociedad ha mantenido su búsqueda de lenguajes para poder interactuar con otros, porque se percata que posee una facultad diferente a los animales, está dotado de lenguaje, puede hablar y por ende comunicarse.

Una de esas formas de comunicar que el hombre crea es el lenguaje y con él tiene la facultad de dirigirse a todos lo demás, pero pronto se da cuenta que no puede nombrar nada, y se da a la tarea de asignar nombres a cada cosa para poder identificarlas. Los grandes filósofos de la humanidad han disertado sobre la importancia del lenguaje en nuestra sociedad, especialmente para ejercer esa facultad propia del ser humano que es nombrar las cosas, Platón por ejemplo dice que las cosas desde sus orígenes no poseen nombre alguno y que es el hombre el que se ha encargado de asignarles uno para poder nombrarlas e identificarlas. (Platón, 1871).

El lenguaje ha sido el hilo conductor de la evolución del hombre a través de la historia y de la sociedad. Cada sociedad es responsable en cierta medida de la evolución del

lenguaje. En nuestro país, el lenguaje es absolutamente dinámico y enriquecido por el contexto sociocultural donde se manifiesta. El uso que los colombianos hacemos del lenguaje pertenece al ámbito de una tradición lexicográfica que dinamiza el uso de la lengua, los giros idiomáticos, las prácticas culturales significativas y los aspectos idiosincráticos. Porque, aunque el diccionario reúne esos términos que son comunes a los hablantes de la lengua, la cual es el sistema de comunicación verbal propio de un pueblo o nación, es el lenguaje el que nos caracteriza porque comprende todo el conjunto de sonidos articulados y de otras formas de comunicación que el hombre utiliza para manifestar lo que piensa o siente.

El lenguaje es la forma en que nos comunicamos e incluye la lengua en su contexto de producción, por ello se exige en este análisis una comprensión desde la Semiótica de la Cultura, ya que la noción de código como un asunto fijo y equivalente entre expresión y contenido varía según la dimensión connotativa del lenguaje y el contexto cultural de enunciación. Umberto Eco, en *Signo* (Eco, 1973), y refiriéndose a la cultura como sistema de signos, recuerda: “toda la cultura se considera como un sistema de signos, en el que el significado de un significante a su vez se convierte en significante de otros significados” (p.187), y esto es lo que acontece en el contexto colombiano donde el lenguaje es constantemente recreado, independientemente del hecho de que sean palabras, objetos, cosas, ideas, valores, sentimientos, gestos o comportamientos. Es decir, la forma particular como usamos los colombianos el lenguaje en nuestras regiones o pueblos para expresar nuestra cotidianidad, incrementa y sostiene nuestras formas de relacionarnos y comunicarnos. Así, la Semiótica de la Cultura se convierte en una forma científica de

antropología cultural que permite relacionar cómo se construye el sentido a partir de determinadas unidades culturales, como las que ofrece Juan Gossaín en sus relatos.

Si nos detenemos en algunos estudiosos de nuestro lenguaje, que en realidad han sido escasos, se observa cómo quienes se han adentrado en esa tradición cultural de los vocablos que nos expresan e identifican han hecho grandes aportes a la evolución significativa de la lingüística nacional, entre ellos resaltamos los siguientes:

En primer lugar, tenemos a un lingüista e historiador muy destacado en la vida académica de nuestro país, Rufino José Cuervo. Su estudio aportó la rigurosidad al estudio del lenguaje como un “organismo natural” ya que sus obras muestran cómo el lenguaje abarca la relación con el otro. Precisamente una de ellas *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (Cuervo, 1872) compila las formas autóctonas del lenguaje que se usa en la capital del país, que lo distinguen y diferencian del castellano. Cuervo considera que el lenguaje no es algo estático, está en una transformación continua, por ello el lenguaje de un lugar evoluciona debido a las nuevas generaciones y a las transformaciones mismas de la ciudad: “El lenguaje está en constante movimiento...y un idioma no es idéntico ni en el tiempo ni en el espacio...” (Cuervo, 1907, p.23). No queriendo parcializar su estudio a una sola región, inicia la escritura de su gran obra *Diccionario de construcción y régimen de la lengua Castellana* (Cuervo, 1872). En el cual hace un estudio exhaustivo basado en los clásicos de la literatura, enfocado en las construcciones sintácticas de la lengua que se hablaba en el contexto colombiano, constituyéndose en un inmenso estudio lexicográfico de la lengua castellana. Cuervo despliega en su diccionario dos ejes que sostienen todo su estudio que son la gramática y el uso.

Otro nombre que merece incluirse en esa tradición de cómo se usa el lenguaje en nuestro país es el del padre jesuita Félix Restrepo, en cuyos aportes lingüísticos les adjudica alma a las palabras y de ahí el nombre de su obra *Diseño de semántica general. El alma de las palabras* (Restrepo,1946). Estudio en el cual Restrepo reconoce que la base de todas las significaciones hay que buscarla en su raíz u origen. Su obra tiene dos enfoques que son el dinamismo del lenguaje y las causas psicológicas y sociales de los cambios semánticos:

La ciencia siguiendo métodos recientes se dedica al estudio de las lenguas, se encuentra naturalmente dividida en dos grandes ramas: la primera considera la evolución de la parte sensible del lenguaje... la segunda, llamada semántica, estudia las evoluciones y cambios que por detrás del velo sutil de los sonidos experimentan sus significaciones.
(Restrepo, 1917, p.5).

Otra estudiosa de nuestro lenguaje es Soledad Moliner, una filóloga que a través de su columna en el periódico El tiempo, advierte sobre los errores en el uso de la lengua que cometemos los colombianos. Sus columnas están compiladas en el libro llamado *Primeros auxilios para hablar bien español* (Moliner,2012), en el cual defiende el buen uso del lenguaje, mostrando las principales enfermedades idiomáticas que padecen los colombianos, siendo una de las más graves la coloquitis, que consiste en usar “colocar” en vez de “poner”:

Vivimos en Colombia una época de coloquitis crónica. Muchos hablantes creen que son más elegantes si conjugan el verbo colocar en

lugar de poner...como si fuera un verbo de mala familia, sin considerar que tiene un campo preciso de significados. (Moliner, 2019, p.43).

Entre todos esos escritores e investigadores que han hecho de nuestro lenguaje objeto de sus análisis y obras, surge el escritor colombiano Juan Gossáin, cuya narrativa nace en aras de la defensa del lenguaje bien usado. En su obra más reciente *Las palabras más bellas y otros relatos sobre el lenguaje* (Gossáin,2018) ha compilado una serie de relatos, en los cuales, el escritor analiza los diversos usos que el colombiano del común hace del lenguaje y de las palabras, exhortándolo a su vez a que lo fundamente en las bases sólidas del uso correcto del español.

El lenguaje es un artefacto, es decir un objeto creado para un fin determinado, que poseemos y nos distingue como “animales simbólicos” (Cassirer,1975), modeladores de la cultura y de patrones de pensamiento, por ello debe ser usado con propiedad, ya que media todas las relaciones sociales que se puedan tener porque no somos seres aislados, pertenecemos a una sociedad que usa el lenguaje para expresar sus pensamientos, necesidades y emociones. De allí que la semiótica de Umberto Eco nos permita asociar los actos comunicativos con los distintos espacios de la cultura, porque como bien afirma:

Sólo en el momento en que un acto interpretativo conseguido se comunica por medio de sus propios interpretantes y se deja al dominio público, el resultado de la interpretación puede ser aceptado por una colectividad e integrado en códigos ya existentes, que con ello quedan enriquecidos y reestructurados. O bien se rechaza como decisión

individual y comportamiento idiosincrático y. perturbando el proceso de la semiosis, así como las consecuencias prácticas que derivan del mismo, no altera la estructura de los códigos. (Eco, 1973, p.190).

Enseguida, profundizaré en las características del lenguaje que puede rastrearse a partir de los relatos de Jusan Gossaín en su obra: “Las palabras más bellas y otros relatos sobre el lenguaje” (2018).

1.2 Características del lenguaje

Los atributos del lenguaje que Juan Gossaín advierte en sus relatos, los he agrupado en tres aspectos relacionados con el uso y la funcionalidad que algunas comunidades de hablantes le otorgan en contextos sociales específicos, que merecen especial atención. La primera característica es la siguiente:

Gossaín sostiene que el lenguaje es tan poderoso que lo compara con un arma, por ello debe hacerse un uso cuidadoso de él, “No hay arma más poderosa que el lenguaje, pero tampoco la hay más débil, eso es la gran paradoja” (Gossain,2018, p.11), entendiéndose por paradoja un dicho o hecho contrario a la lógica, por lo que el hombre puede expresar sus emociones con el correcto uso del lenguaje, pero también puede sepultarlas por su inadecuado uso. El lenguaje es algo vivo que incluye algunas funciones de nuestro cuerpo y que al producirse en relación con el otro y en un entorno específico, nos hace

experimentarnos como parte consustancial de nuestro ser simbólico y por medio del cual expresamos lo que nos mueve y emociona.

En su *Semiótica de la Cultura*, Umberto Eco señala que el lenguaje tiene tanto poder que los actos comunicativos son los que le dan vida a la sociedad y sustancia a una cultura, la forma en que se use una expresión verbal o no, le da poder a un individuo para condicionar el mensaje en un acto social, puesto que todo en nuestra cultura conlleva un acto comunicativo, de allí que: “La cultura por entero es un fenómeno de significación y de comunicación ya que humanidad y sociedad existen solo cuando se establecen relaciones de significación y procesos de comunicación” Umberto Eco (Citado en Vidales, 2008, p.135).

Y, en buena medida, el poder del lenguaje radica en el contexto social donde se den los actos comunicativos, puesto que, por medio del lenguaje el ser humano no solo aprende a relacionarse, sino que también puede llegar a influenciar a los demás de forma positiva o negativa, al punto que mediante la intencionalidad que imprima en el uso del lenguaje puede obtener del otro lo que desee, llegando incluso a condicionar su actuar según la forma y motivaciones que le animen al momento de expresarse. Así lo observa Juan Gossaín, cuando afirma: “El hombre convirtió a la palabra, ...en un arma temible y terrible. El arma para desquitarse de los demás” (Gossaín,2018, p.79).

La segunda característica que destaco a lo largo de los relatos de Gossaín es que el lenguaje no es algo tedioso que se use rutinariamente sin ningún tipo de innovación sino todo lo contrario, es algo divertido que puede aportar mucha lúdica a la cotidianidad y a las experiencias del lenguaje que se tienen diariamente: “si ustedes supieran lo que uno puede

entretenerse mientras juega con el lenguaje, con sus sorpresas y curiosidades” (Gossain,2018, p17). De allí se dice que una de las funciones más importantes del lenguaje es el divertimento, ya que provee a los hablantes infinitas posibilidades y variabilidad de recursos, por lo que una sola palabra o expresión puede contener múltiples significados.

Para Umberto Eco, dicha variabilidad del lenguaje está en relación directa con las prácticas sociales: “la práctica social no puede expresarse más que en forma de semiosis. Por ello, los signos son una fuerza social, y no simples instrumentos que reflejan las fuerzas sociales”. (Eco, 1973, p.191), y es precisamente en las prácticas significativas de la cultura como el lenguaje puede recrearse. Según los relatos presentes en el libro: “Las palabras más bellas y otros relatos sobre el lenguaje” (2018), y desde la mirada de Juan Gossain, todo en el lenguaje: palabras, origen, uso, significado, entonación y hasta las letras, tienen su carácter divertido, ya que los “ciudadanos del común” no precisan de una camisa de fuerza para hablar, ni están pensando en las reglas que rigen el idioma mientras hablan sino que creativamente lo usan de diferentes maneras con el único objetivo de comunicarse y dichos actos comunicativos abren posibilidades de divertimento tanto para el hablante como para el analista del lenguaje y de los signos.

En este aspecto, Gossain resalta que la labor docente es primordial para hacer del aprendizaje del lenguaje experiencias significativas y divertidas, en uno de sus relatos hace memoria de un profesor de lengua en la escuela primaria que convertía cada clase en una experiencia lúdica, lo que posteriormente motivaría al escritor a interesarse en el estudio del lenguaje: “el aprendizaje de la lengua tenía que ser un juguete. Y convirtió el martirio en

un entretenimiento. Fue una revelación divina. Desde entonces mi vida no volvería a ser la misma.” (Gossáin, 2018, p.68).

Es la sociedad la que se encarga de adjudicarle la propia identidad al lenguaje, y es el uso de la lengua en relación con determinadas unidades culturales la que diversifica las posibilidades del lenguaje. A propósito del significado como unidad cultural, Umberto Eco afirma en su libro *La estructura ausente*, al preguntar “¿Qué es el significado de un término?” (Eco, 1974) que “desde el punto de vista semiótico no puede ser otra cosa que una unidad cultural” (Eco, 1974, p.61), y se apresura a explicar que en toda cultura “una unidad es simplemente algo que está definido culturalmente y distinguido como entidad.

Puede ser una persona, un lugar, una cosa, un sentimiento, una situación, una fantasía, una esperanza, una idea” (Eco, 1974, p.61), para más adelante concluir que “una unidad cultural puede definirse semióticamente como unidad semántica inserta en un sistema” (Eco, 1974, p.61). La unidad cultural aporta entonces cierta estabilidad al sistema de signos, pero a la vez abre un campo extensivo dentro de la amplitud de símbolos lingüísticos con los que pueda significarse. Todo ello equivale a entender el lenguaje como fenómeno social, y eso es precisamente lo que pide esta tesis a partir de la propuesta escritural, lúcida y refrescante, del escritor Juan Gossáin en su obra.

El humorismo y la jocosidad como figura retórica, y la diversión es una de las tantas funciones que tiene el lenguaje, ya que es un enlace sucesivo de elementos que relacionan una unidad cultural (una palabra, por ejemplo) con nuevas asociaciones de sentido, que sirve también para que las personas se comuniquen dentro de un variado espectro de

opciones que varían dependiendo de las circunstancias de enunciación de los hablantes y los códigos compartidos en la comunicación:

Los signos son los resultados provisionales de reglas de codificación que establecen correlaciones transitorias en las que cada uno de los elementos está autorizado a asociarse con otro elemento y a formar un signo solo en determinadas circunstancias previstas por el código.

Umberto Eco (Citado en Roncallo-Dow, Jongbloed, Goyeneche Gómez, 2000, p. 68)

El uso creativo del lenguaje permite construir una semántica móvil que desata variadas formas de humor y diversión, tanto en la producción como en los mecanismos de interpretación del lenguaje, y ello termina por constituirse en una necesidad humana. A la luz de los relatos de Gossaín, resalta la forma inusual de diversión que proporciona el lenguaje, y digo inusual porque precisamente no es muy común encontrar personas que se diviertan tanto con su propia escritura, y a la vez reflexionen sobre los variados usos del lenguaje que llevan al humor, la ironía y otras repercusiones sociales en la construcción del sentido. Cualquier persona puede divertirse con los elementos que conforman las peculiaridades del lenguaje que se usa en su entorno social, y en el primer conjunto de relatos de Gossaín, sobre los cuales reflexiona esta tesis, vemos, por ejemplo, una definición de este talante: “Descubra por qué el lenguaje es el juguete más divertido del mundo” (Gossaín,2018, p.17).

En tercer lugar, la característica que se destaca en los relatos del autor es el dinamismo del lenguaje, ya que está en continua evolución y reinvención, lo que, en últimas, expresa la autenticidad de las personas dentro de un grupo social y en su entorno cultural específico: “el lenguaje se renueva cada mañana en los gritos de la vivandera que vende plátanos en la plaza de mercado” (Gossaín, 2018, p.50). Porque, el lenguaje es esa herramienta que se usa todos los días, pero no es igual para todos los hablantes, ya que difiere en muchos aspectos según la intencionalidad del acto comunicativo, y el lugar que ocupan los hablantes dentro de un sistema de conmutaciones continuas (Eco, 1974), condición de la comunicación, que se renueva de maneras asombrosas como un modo de representar las particularidades culturales de las regiones colombianas, y en las que enfatiza Juan Gossaín en sus relatos.

Hay dos agentes que influyen considerablemente en el dinamismo del lenguaje: en primer lugar, están las nuevas generaciones, los jóvenes y niños son los que introducen al lenguaje cambios tan acelerados que resulta casi imposible entenderles. “Yo sé que el lenguaje es vivo y palpitante, que no tolera camisas de fuerza ni ataduras, que camina sin zapatos por la calle, que los muchachos lo transforman diariamente” (Gossaín:2018, p.113). Y es que, los jóvenes son quienes le imprimen al lenguaje construcciones nuevas que van acorde a sus necesidades personales e interacciones sociales. Por ejemplo, una de las costumbres más comunes de los jóvenes es el uso exagerado de abreviaturas que los hace ahorrar tiempo en su expresión escrita, pero también las jergas que utilizan para comunicarse entre ellos. El segundo agente que influye en el carácter dinámico del lenguaje y en su constante evolución es la globalización con todos los avances tecnológicos que conlleva, y que generan en el lenguaje transformaciones y una continua evolución en todos los procesos comunicativos, de allí que: “al lenguaje no es posible darle reversa

porque está en movimiento perpetuo” (Gossaín, 2018, p.113). Dichas evoluciones repercuten en todos los estamentos sociales, incluso los más domésticos y todos los seres humanos deben adaptarse a esa transformación del lenguaje ya que la vida tiende siempre hacia adelante. Claro, los puristas del lenguaje ven en estos constantes cambios y reinenciones del lenguaje una suerte de práctica “sacrílega” entre una comunidad de hablantes, pero lo que sucede en realidad es una muestra de la gran riqueza del español y la variedad que ofrece la lengua dentro de la unidad cultural en la que se inscribe, y que en este caso se vincula al contexto sociocultural colombiano.

Juan Gossaín pone de relieve que el lenguaje no es estático porque se renueva cada día como la vida misma. El lenguaje que se usó ayer no es el mismo de hoy porque en esas transformaciones entran diferentes actores y circunstancias que no permite que el lenguaje se anquilose y se vuelva obsoleto y los seres humanos no se puedan comprender. Para Umberto Eco, por su parte, el lenguaje se transforma también por el carácter evolutivo (Eco, 1995), ya que los contextos comunicativos en los que se desarrolla nunca son iguales, cada uno difiere del otro por las diferentes circunstancias en las que acontece, es así como existen diferentes maneras de estructurar la realidad y distintos usos del lenguaje:

Los signos son los resultados provisionales de reglas de codificación que establecen correlaciones transitorias en las que cada uno de los elementos está, por decirlo así, autorizado a asociarse con otro elemento y a formar un signo solo en determinadas circunstancias previstas por el código. (Eco, 1995, p. 84).

Es en las transformaciones y evoluciones del lenguaje donde reside gran parte de su riqueza, porque éstas reflejan el estrecho vínculo del lenguaje con la cultura que le da vida. Dicha relación la ejemplifica Juan Gossaín en sus relatos, en los cuales muestra que el lenguaje da cuenta del estado de sanidad o de malestar de una cultura, resaltando que detrás del lenguaje y del uso de una lengua puede leerse e interpretarse las incongruencias que padece una sociedad como la nuestra: injusticia social, discriminación, favoritismo e inequidad, entre otros aspectos.

1.3 Referentes lingüísticos y literarios.

Para comprender un poco más la concepción y características del lenguaje expuestas por Juan Gossaín en sus relatos, me remonto a los referentes lingüísticos y literarios a los que hace mención en este libro, objeto de estudio. Su referente base, por no decir el pilar que fundamenta y sustenta sus reflexiones sobre el lenguaje, es el diccionario. El escritor se reconoce a sí mismo como un amante y coleccionista de diccionarios y afirma que su intensa lectura es lo que lo ha motivado por años a amar la lengua, usarla bien y escribir sobre ella. Si alguien quiere estudiar a fondo nuestra lengua, el diccionario es el majestuoso referente que debe tener, pues “lejos de ser la tumba...del idioma, el diccionario es la cuna en que lo arrullan. Es el tetero con que lo amamantan”. (Gossaín, 2018, p.50). El escritor no solo hace referencia al Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua sino también a muchas otras versiones tanto antiguas como modernas que se han publicado a nivel internacional como el “*Tesoro de la Lengua Castellana o española*” por Sebastián de Covarrubias (1611), y hasta los diccionarios

regionales de la lengua española como el *“Diccionario de Colombianismos”* del Instituto Caro y Cuervo (2018).

En muchos de sus relatos menciona su devoto amor al diccionario porque éste fue su más grande ejemplo de lectura cuando veía a su padre, un inmigrante libanés, que no sabía nada de español y que día a día se refugiaba en la lectura de ese libro para aprender a comunicarse en la lengua del lugar donde había llegado. Recuerda con humor que en su infancia al diccionario le decían “mataburro” debido a su gran tamaño y a sus milésimas páginas porque al usarlo se podía adquirir conocimiento de la significación de las palabras y dejar de ser un ignorante, pero también se podía herir a sus congéneres en forma de castigo o represión en el hogar y la escuela: “mataburro, no solo porque sirve para instruir a la gente sino porque, además, sus ediciones antiguas eran tan grandes y pesadas que con ellas se podía descalabrar a un cristiano”. (Gossaín, 2018, p.56). Se puede considerar al diccionario, sea cual fuere su versión, la base inspiradora de estas reflexiones en torno al lenguaje propuestas por Juan Gossaín, y el marco general que condiciona los usos y transformaciones que ha tenido éste en nuestro país y que reafirman su vitalidad. Por ello, el escritor asevera que: “la lengua que hablamos es de carne y hueso. Tiene cartílagos y pellejo. Porque la lengua somos nosotros” (Gossaín, 2018, p.53). En esta misma línea, y siguiendo el planteamiento de Umberto Eco, desde el punto de vista semiótico “sería más interesante pensar en qué civilizaciones funciona un campo semántico y donde empieza a disolverse para dar paso a otro; y cómo en una misma civilización coexisten dos o más campos semánticos en oposición cuando se realizan superposiciones de culturas” (Eco, 1974, p.77), porque esto es justamente el interrogante que plantean sus relatos respecto al uso del idioma y a las características del lenguaje antes mencionadas.

Por su parte, los filólogos colombianos Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo son otros de los grandes referentes que Gossaín menciona en sus relatos. El primero es uno de los grandes lingüistas con los que cuenta nuestro país en los anaqueles de la historia tanto por su desempeño político, como por ser uno de los fundadores de la Academia Colombiana de la Lengua por su intenso interés por los orígenes de nuestro lenguaje expresado en sus obras. Para Caro “la Lengua es la Patria”. Miguel Antonio Caro (Citado en Gossaín, 2018, p.114) lo que le da pie a Gossaín para manifestar que el lenguaje es algo que nos pertenece y que nosotros mismos modificamos según nuestras costumbres y particulares usos. Es la apropiación del lenguaje lo que le imprime nuestra identidad, y nuestra idiosincrasia la que le aporta al lenguaje toda esa riqueza que tiene en el contexto colombiano. El otro lingüista que resulta inspirador para Juan Gossaín es: Rufino José Cuervo, cuya obra antes mencionada no sólo define el significado de cada vocablo de nuestro idioma sino “su origen y modificaciones a través del tiempo” (Gossain, 2018, p.168). Tener a Cuervo como uno de los referentes base en las reflexiones sobre el lenguaje, es hablar de una larga tradición lexicográfica, la cual se transforma y enriquece con el influjo de las identidades regionales actualizando el uso del diccionario mediante giros idiomáticos, la creatividad y las voces propias del español de todas las regiones y es ahí donde las unidades culturales -en términos de Umberto Eco-, y la superposición de culturas regionales dentro del amplio contexto colombiano hacen su aporte, en el sentido de enriquecer y dinamizar el lenguaje. Se trata entonces de pensar el idioma como un asunto vivo que se dinamiza con las prácticas culturales, ampliando así la noción de idioma como lengua española a una comprensión multidisciplinar del lenguaje. Por ello, en términos de Umberto Eco resulta fundamental la intención de los hablantes (Eco, 1995), los usos de la lengua, las prácticas culturales significativas que otorgan variedad y dinamismo a la forma

en que nos comunicamos. Lo cual trasciende incluso la noción de código como un asunto fijo y equivalente entre plano de expresión y plano del contenido, lo que nos acerca a la dimensión connotativa del lenguaje, generalmente determinada por su contexto de producción y las cualidades propias de cada acto comunicativo. En la mayoría de sus relatos Juan Gossaín expresa reiteradamente que el lenguaje está en continuo movimiento, o cambio, y que de un día para otro se transforma, no es estático y sufre continuas modificaciones, especialmente en nuestro país: “el vocabulario coloquial de los colombianos se transforma con una rapidez que marea a cualquiera”. (Gossaín, 2018, p.132).

Juan Gossaín enfatiza, además, en las grandes aportaciones de estos dos filólogos al lenguaje que se habla en el país, y afirma en su relato “Si quiere sentirse orgulloso, acompáñeme a conocer el Caro y Cuervo” (Gossaín, 2018, p.167): Relato en el que Gossaín quiere resaltar que los dos fueron grandes adalides de la lengua en nuestro país y por ello, en 1942 se creó el Instituto Caro y Cuervo para la defensa y propagación de las lenguas del territorio nacional y de sus literaturas. Los aportes de Caro y Cuervo son en parte desconocidos y una labor del escritor Juan Gossaín es devolverles algo de la importancia que tienen sus estudios de la lengua, y que se constituyen en un soporte esencial para pensar el lenguaje como práctica cultural, dinamizada por los diferentes actos comunicativos que condicionan nuestra forma de hablar y expresarnos. De allí que se detenga en la labor del Instituto Caro y Cuervo que se ha “dedicado a la investigación y al estudio permanente no solo de la lengua castellana, sino también de las lenguas nativas del país, los idiomas indígenas, el léxico de las regiones...” (Gossaín, 2018, p.167).

Otro referente de Juan Gossaín en su obra, y desde la orilla de la literatura es el escritor Gabriel García Márquez quien también es uno de los grandes recreadores de nuestro idioma. En “*La gran parranda del idioma*” (Gossaín, 2018, p.103) (relato analizado en el segundo capítulo) resalta la genialidad del escritor al recrear en su relato autobiográfico “*Vivir para contarla*” un número considerable de palabras que comúnmente no usamos, pero que él recuerda en cada página como posibilidad de ser incorporadas en nuestro bagaje lingüístico:

Vivir para contarla, las memorias del maestro que provocaron semejante cataclismo...se convierten de nuevo, al conjuro de la varita mágica de su autor, en un verdadero festival del lenguaje, la gran cumbiamba del idioma, el parrandón de las frases, el paraíso terrenal de los dicharacheros. (Gossaín, 2018, p.103).

Por su parte, Gossaín en sus relatos sobre el lenguaje, tiene como referente al escritor insignia de la lengua española: Don Miguel de Cervantes Saavedra, con su magna obra “*El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*” (1605). Gossaín resalta el gran valor que tiene la obra de Cervantes y cómo ésta incide en el valor de la lengua en la cultura popular, y en el uso que se otorga al lenguaje como huella de la lengua cervantina, recreada en algunos contextos actuales y regionales, ya que fue Cervantes el que con su Quijote de la Mancha instauró las características de la novela moderna en el idioma español:

Esa obra y ese personaje han marcado un hito en la Lengua Española que no se ha podido igualar en los siglos de existencia del idioma: Don

Quijote tenía razón cuando le explicaba a su escudero que el único poder auténtico sobre la lengua lo tienen el vulgo y el uso. (Gossaín, 2018, p.114).

Y aquí es necesario precisar a qué me refiero cuando hablo de “ciudadano común”, un término que vincula la cultura popular, lo que se denomina “el vulgo”, ya que este estudio gira precisamente en torno a los usos del idioma y del lenguaje pertenecientes al “ciudadano común”, señalados con acierto por Juan Gossaín como el lenguaje que usamos los colombianos, no solo los de la clase alta sino el “ciudadano de a pie”(Gossaín, 2018), el hombre o mujer que en sus expresiones cotidianas utiliza el lenguaje de la forma que más identifica su idiosincrasia. Citando a Cervantes, Juan Gossaín reafirma que la evolución del lenguaje recae en el ciudadano “común y corriente”, aquel que día a día usa el lenguaje para hacerse entender, pues es el uso el que afirma las funciones del lenguaje a todo nivel. La esencia del lenguaje está entonces en esas expresiones que usa la gente que se encuentra en la calle, en el mercado, en el trabajo, en el barrio; esas personas que día a día, en sus actos sociales y comunicativos, dan vida a la lengua y al lenguaje.

1.4 Análisis del primer conjunto de relatos

Juan Gossaín en su última obra “Las palabras más bellas y otros relatos sobre el lenguaje” (Gossaín, 2018) usa el género del relato, el cual es clasificado como un género literario moderno que se caracteriza por tener una extensión breve con una variedad de ingredientes que le dan una gran libertad al escritor sobre qué y cómo narrar. El relato

consiste en contar una historia que por la brevedad muchas veces resulta compactando los hechos y enfatiza en lo que el autor quiere que su lector atienda. En esta obra, y como he dicho, el escritor refleja su gran interés por el lenguaje, y la forma como los colombianos en ciertos contextos culturales lo usan para expresar su identidad y realidad en la interacción social de los actos comunicativos, imprimiendo en cada palabra su manera de pensar, sentir y vivir. El escritor recopila en esta obra 32 de sus relatos, en los que, con una gran dosis de sencillez y humor, muestra cómo ciertas expresiones y vocablos dinamizan el lenguaje y le otorgan un carácter vivo que va más allá del significado definicional anclado al diccionario. Cabe resaltar aquí que muchos de sus relatos poseen un tono similar a la crónica porque en ellos se observa un desarrollo temporal y recursos propios de la literatura, sin embargo, el conjunto general permite afirmar que son relatos que expresan la libertad del autor para desarrollar el tema y estructurar el eje narrativo sobre el lenguaje.

Aparece entonces el primer conjunto de relatos “*Descubra por qué el lenguaje es el juguete más divertido del mundo*” (Gossaín, 2018, p.17) que es el principal soporte de las características en las que he agrupado la forma y peculiar uso del lenguaje que tenemos los colombianos en nuestra cotidianidad: un lenguaje poderoso, divertido y dinámico. Este primer conjunto de relatos está compuesto por una introducción y seis partes que he considerado pequeños relatos dentro del gran conjunto que ejemplifican o ponen de relieve las características que el autor quiere que consideremos respecto al lenguaje que usan los colombianos dentro de ciertas particularidades culturales. En la introducción se expone y profundiza en lo divertido que puede llegar a ser el lenguaje y el uso de las palabras entre los colombianos. Juan Gossaín hace referencia a una palabra llena de belleza y expresividad que es “petricor” (Gossaín, 2018) aunque en desuso y sin registro actual en el

diccionario, la cual denota el olor que expele la lluvia cuando cae en el suelo. Para el escritor la palabra evoca también un viaje por su memoria, la cual se remonta a sus años de infancia en su pueblo natal. Esa dimensión connotativa del lenguaje es tan importante según Umberto Eco, que genera fuertes asociaciones de distintos orígenes: emotivas, afectivas, y sensoriales que despliegan toda una serie de posibilidades comunicativas debido a toda la significación que puede contener. La evocación de una palabra tiene una incidencia grande en la memoria que puede evocar inmediatamente todo tipo de conexiones inconscientes donde el recuerdo, la experiencia y la singularidad de lo vivido juegan un papel primordial y él lo nombra como Códigos del inconsciente: “Si los perfumes artificiales tienen sobre todo el valor connotativo...los olores tienen claramente un valor denotativo...en muchas civilizaciones se atribuyen a los olores personales un valor de significación social que rebasa la mera comunicación indicativa. (Eco,1986, p.10). Por ese valor connotativo de las palabras, Gossaín muestra la estrecha relación que hay entre lenguaje y memoria, y cómo palabras tan sencillas ayudan a expresar en nuestros actos comunicativos los lados más recónditos de nuestra memoria. Y al expresar todas esas evocaciones de la memoria por medio del lenguaje es lo que el escritor considera “sorpresas y curiosidades” (Gossaín, 2018, p.17), las cuales no son otra cosa que el carácter entretenido del lenguaje y cómo una sola palabra, que no está en la versión actual del diccionario, penetra los recuerdos más íntimos y lejanos que conviven en la memoria.

El primer breve relato, se titula: “La sastra y el usitado” (Gossaín, 2018, p.18), donde menciona esas muchas palabras que existen en nuestro lenguaje, pero no se usan porque las personas “comunes y corrientes” desconocen su existencia. La palabra sastra, puede denominar a la mujer del sastre, pero también a aquella cuyo oficio al igual que el del sastre

(masculino) es coser vestidos. Con este ejemplo el escritor muestra su posición ideológica en relación con el tema de género y el mal uso que en ocasiones se da al lenguaje, por el sólo hecho de tener la intención de ser incluyente, y observa cómo el mal empleo de una palabra o su desconocimiento puede dar lugar a equívocos. En esta parte, Gossaín también hace referencia a la muerte de las palabras y al descanso eterno que, en ocasiones, ellas se merecen, el ejemplo es “deturpado”, palabra que según cuenta aún tiene registro en el diccionario y que sus acepciones pueden ser: feo, manchado y deforme, lo cual demuestra también, desde una perspectiva semiótica, las cargas axiológicas que una misma palabra puede derivar en el tiempo. En otros relatos, el escritor muestra otras palabras que no tienen registro en el diccionario y que tampoco se usan en ningún contexto social y por ello se considera que su vida útil ha terminado. Esto explica, de una parte, la movilidad de la lengua, y de otra, las elecciones que los hablantes hacen en su día a día, dando literalmente vida o muerte a ciertas palabras y expresiones.

Seguidamente Gossaín muestra lo que él llama “fenómeno curioso” (Gossaín, 2018, p.19) que es la existencia de palabras que connotan totalmente lo opuesto a su original, con solo anteponerle el prefijo in. Como ejemplo de ello está la palabra “usitado” para referirse a algo que sucede con frecuencia e “inusitado” que significa lo poco frecuente. “Sólito” para designar lo que se acostumbra a hacer e “insólito” lo raro o extraño. Con ellas el escritor muestra cómo el opuesto de algunas palabras con el prefijo in, pueden perdurar en su uso más que las palabras originales de donde provienen. Para Umberto Eco, las palabras poseen distintos significados, creando antonimias con funciones connotativas que despliegan su valor en los actos comunicativos y los entornos en que se den. El lenguaje es susceptible de cambio en su composición y por ende en sus connotaciones y significados.

Todos los signos (palabras) de una lengua se construyen por medio de uno o más fonemas...son breves emisiones vocálicas que no tienen ningún significado por sí mismas, salvo que la presencia de un fonema excluye la de otro que, de haber aparecido en lugar del primero, habría cambiado la significación de la palabra. (Eco, 1986, p.42).

En el siguiente breve relato, titulado “el disfemismo”, Juan Gossaín habla del uso recurrente del eufemismo como la forma “suave y decorosa de expresar una idea” (Gossaín, 2018, p.18). Una figura que inunda el lenguaje colombiano y designa la forma de ver y suavizar nuestra realidad, y hasta disfrazar una situación que nos es más adversa. Por ejemplo, usamos los términos “sobresuelo” para expresar actos corruptos. Pero también existe el uso frecuente del “disfemismo” para expresar algo de manera brusca, por ejemplo, en vez de decir muerte, se usa “estirar la pata”. Y aquí, quisiera anotar desde mi visión de hermeneuta que, Colombia con una guerra interna por más de cinco décadas ha sido cuna de múltiples eufemismos y disfemismos, en relación con las formas de nombrar la guerra, por ejemplo. En la década del noventa en Colombia se usaba el término “pesca milagrosa” para referirse a los secuestros masivos en vez de referirse a un juego infantil, o a un tema evangélico. Otro de los eufemismos que es adverso a la memoria de todo colombiano es el término “falsos positivos” que se dio en nombrar a las numerosas muertes ilegítimas, perpetradas por agentes del estado, pero presentadas como muertes en combate.

Expresiones de connotaciones terribles que traspasan el ámbito político o ideológico para incluirse dentro del habla cotidiana y popular, cuando un amor no es correspondido,

por ejemplo, se dice fue “un falso positivo”, y cosas por el estilo. El lenguaje bélico se traslada pues a los ámbitos cotidianos. La violencia también ha generado en nuestro lenguaje el uso de disfemismos como lo indica Juan Gossaín en su relato, un ejemplo de ello podría ser el término “paramilitar”, que antepone el prefijo: para, con el fin de denominar a las autodefensas o esos grupos minoritarios que para conseguir sus propósitos utilizan la violencia mediante prácticas brutales y perversas.

Otro ejemplo es la palabra “bandolero”, término que en el contexto colombiano nace a partir de la violencia bipartidista en Colombia, cuyo equivalente es el de “chusmero” (proveniente de la chusma), los salteadores de caminos que buscaban hacer contrapeso a la policía de turno y derivaron en la conformación de cuadrillas de grupos como guerrilla. Esta palabra, sin embargo, se ha extraído de su contexto de origen en el país para relacionarla con una persona que hace el mal. Así constatamos que para hablar de la violencia y de la paz en Colombia se han utilizado y se utilizan infinidad de eufemismos y disfemismos, por ejemplo, tardó mucho tiempo en que se hablara de guerra en Colombia puesto que solo era permitido hablar de conflicto armado interno, y así, en nuestra vida cotidiana tanto social como doméstica se ha impregnado el uso frecuente de un lenguaje eufemístico.

El siguiente breve relato se titula: “el pobre Fernandito...”, en el cual Gossaín hace memoria de un cuento que escribió para la clase de Español en su etapa de bachillerato, en la cual narraba la historia de un niño inquieto que decidió aprenderse de memoria el diccionario. Cuando llegó a la letra P, descubrió la palabra paranomasia, designando “la similitud existente entre dos palabras, que pueden confundirse” (Gossaín, 2018, p.19). Al

cabo de un tiempo, y ya cansado de buscar paranomasias en cuanto libro leía, empezó a leer las palabras en sentido contrario lo que le produjo una confusión en su cabeza y lo dejó a merced de la locura. Este relato permite evidenciar cómo el lenguaje puede resultar tan entretenido que todo tipo de personas, de cualquier edad, puede crear cortas ficciones cuyo eje transversal sea el lenguaje, sus propias experiencias con el lenguaje.

El tercer breve relato es “La verdad sobre la W” donde el escritor muestra que todo en el lenguaje está vivo, y puede tener un carácter divertido, incluso las letras y con ellas la historia de sus orígenes. Y sigue con una historia del origen de la letra W, que era una gran M que tras descubrir que su amada “I” no le era fiel, comete un acto de suicidio cayendo boca arriba del edificio de donde se arroja. Aquí es donde el autor evita profundizar en los orígenes germánicos de la letra w, los que escasamente menciona, en aras de mostrar la dimensión divertida del lenguaje con tanta certeza y sencillez como lo hace con la historia del suicidio de la letra W por amor, inclinándose más a la ficción literaria que al origen etimológico de las palabras.

Una vez más, y en términos de la Semiótica de la Cultura, una palabra, y en este caso una sola letra puede abrirse por extensión a todo un campo de interpretantes, que remite a “ese conjunto de todas las unidades culturales que una definición in-tensional del significante puede poner en juego” (Eco, 1974, p.89). No es casual el irónico cierre que propone Juan Gossain en este breve relato del Pobre Fernandito, cuando dice que la W, “que en realidad era simplemente una M muy normal” (Gossain, 2018, p.19), decide suicidarse lanzándose a la calle desde la azotea del mismo edificio en el que sesionaba la

Academia de la Lengua. Una mofa que nos lleva a pensar, una vez más, en el significado de las palabras y del lenguaje otorgado por la cultura, más allá de las academias de la lengua.

El autor continúa su quinto breve relato “el perro chino” en el cual muestra la importancia de la puntuación en los textos, porque el mal uso de ellos puede desembocar en un texto que varíe su sentido, dando lugar a un significado inesperado y, en ocasiones divertido a los ojos del lector desprevenido. El ejemplo que da es el de un perro de felpa cuya etiqueta dice “utilice bajo la supervisión de un adulto hecho en china” (Gossaín, 2018, p.21), lo que implica buscar un adulto hecho en China para utilizar el juguete con su supervisión. En esta parte, el escritor recalca que le falta mucho por decir para mostrar cuán divertido resulta ser el lenguaje, si estuviéramos más atentos a él.

El relato que cierra este primer conjunto de análisis, se denomina precisamente “epílogo”, en el cual Gossaín expresa que el lenguaje puede observarse como un gran juguete, “el juguete de las palabras” (Gossaín, 2018, p. 22) y que es tan infinito y universal que hasta se puede jugar con todos los elementos que lo integran, especialmente con los nombres propios. El ejemplo que da para corroborarlo es que la actriz colombiana Fabiola Posada puede estar emparentada con la americana Jane Fonda, porque sus apellidos resultan ser el mismo término. Lo cual me lleva a pensar en la importancia de la gramática de las palabras y en la estructuración del sentido, es decir, la configuración del sentido también está determinada por la organización de las palabras, los lugares que ocupa un término en su claridad comunicativa y en su dimensión contextual.

1.5 Consideraciones críticas

A partir del análisis del primer conjunto de relatos presentes en la obra de Juan Gossaín *Las palabras más bellas y otros relatos sobre el lenguaje* (2018), se observa -a la par que ciertos atributos del lenguaje-, una constante en términos del vínculo lenguaje-cultura, y es el uso característico del lenguaje en un contexto sociocultural determinado, que corresponde al contexto colombiano. La región, el barrio, el supermercado, es decir las particularidades culturales son las que aportan intencionalidad al vocabulario que eligen y con el cual se relacionan ciertos grupos sociales, muchos de ellos vinculados a la costa caribe colombiana, territorio sobre el que ha desplegado buena parte de su obra el escritor. Por ello, se anima a señalar cómo difiere la significación de una región a otra, y de un contexto social a otro. El idioma, es decir, el uso de la lengua y de las prácticas significativas alrededor del lenguaje, determinan, en gran medida, los espacios de representación de nuestra realidad, en una alianza de ida y vuelta entre lenguaje y cultura. La obra de Juan Gossaín dialoga plenamente con la teoría de la Semiótica de la Cultura, al abordar la versatilidad de las palabras y la importancia de un término en relación con su contexto cultural de enunciación. Ya Umberto Eco expresó cómo el lenguaje se produce solo bajo el influjo de ciertas unidades culturales y en determinados contextos socioculturales y comunicacionales, pues, en últimas, el ser humano es un ser social y para comunicarse necesariamente hace uso del lenguaje. Afirma que: “la Semiótica estudia todos los procesos culturales (es decir, aquellos en los que entran en juego agentes humanos que se ponen en contacto sirviéndose de convenciones sociales) como procesos de comunicación”. (Eco, 1986, p.22). Dichas convenciones sociales, en este primer conjunto de relatos de Gossaín, están cifradas en el uso de ciertas palabras y códigos culturales que

se extienden en su repertorio de sentidos según las formas en que se comunican determinada comunidad de hablantes. También puede observarse en estos relatos que la esencia de un grupo humano, en términos de construcción de identidad, está directamente relacionada con el uso del lenguaje, y en el caso colombiano no podría pensarse una única identidad, no solo por ser un país de regiones sino por la constante recreación del lenguaje en los actos de comunicación humana. Si bien, la cultura condiciona nuestro lenguaje, el lenguaje lo hace a su vez, y esto es justamente lo que recuerda Juan Gossaín en sus relatos, al decir que: “Nunca hemos querido reconocer ni aceptar que la verdadera riqueza de este país está en su diversidad humana”. (Gossaín, 2018, p.36). Diversidad que, por supuesto, pasa por los usos del lenguaje. Para Umberto Eco: “Toda cultura se ha de estudiar como un fenómeno de comunicación, pero a su vez todos los aspectos de una cultura pueden ser estudiados como contenidos de la comunicación”. (Eco, 1986, p.23). Los relatos de Juan Gossaín permiten advertir cómo en Colombia se producen auténticos actos comunicativos en los que se usa el lenguaje con diferentes tintes humorísticos, formales e informales, que en todo caso reflejan nuestra cultura: “Los colombianos, que se vanaglorian de hablar el español más castizo del mundo, decretaron la ejecución sumaria del verbo poner porque les parece vulgar, indigno de la gente decente, casi obsceno, como si fuera una palabrota”. (Gossaín, 2018, p.121). Lo que me lleva a pensar que, lo que un grupo humano comunica es la esencia de su cultura, por ello cada palabra, cada expresión, cada giro idiomático está lleno de significados y, con el paso del tiempo, se constituyen en elementos identitarios. De allí que, no sea exagerado afirmar que dentro del amplio espectro de sentidos que construye una comunidad los usos de la lengua sean fundamentales como dinamizadores de la cultura. “El objeto cultural se ha convertido en el contenido de una posible comunicación verbal”. (Eco: 1986, p.25). Y este rasgo se observa en *Las palabras más bellas y otros*

relatos sobre el lenguaje (Gossaín, 2018) donde el autor expresa con humor el dinamismo del lenguaje y el vínculo insoslayable entre lengua y cultura, al observar cómo el lenguaje no se queda estático, al contrario, es dinámico, y cambia día a día. En dicha transformación participan de manera activa los jóvenes y las tecnologías, pero también las formas más sencillas en las que se comunican los individuos de nuestra sociedad.

Existe un aspecto tan innovador con el que Gossaín mira al lenguaje y es su carácter divertido, considero que cualquier ser humano debe encontrarle ese lado al lenguaje, un lenguaje para su divertimento. Aunque por momentos, el tinte de humor que pretende darle a sus propios relatos que reflexionan sobre el humor al momento de usar determinadas palabras hace que desvíe su atención de la característica del lenguaje que quiere profundizar. Se esfuerza demasiado por ser agraciado y se excede en sus alusiones completamente distintas al hilo conductor del tema del relato que está trabajando. Por ejemplo, en *“la hormiga y la utopía”* (Gossaín, 2018, p. 11) habla de la “utopía” y de la “distopía” que, aunque tienen un mismo origen significan todo lo contrario y de repente empieza a hablar de una hormiga que le va subiendo por el brazo y haciéndose preguntas acerca del aparato circulatorio del insecto y del tamaño de su corazón corta el carácter discursivo del relato, finalizando en su creencia de estar volviéndose loco. Es decir, el aspecto literario que quiere imprimir a sus relatos, por momentos desvía la reflexión en torno al lenguaje.

El carácter dinámico que es otra de las características del lenguaje que explora Juan Gossaín asoma en este primer conjunto de relatos, cualidad que más adelante desarrollará

con propiedad, aduciendo que los cambios los generan más que todo los jóvenes y las tecnologías, un tema que trata de desglosar en sus relatos posteriores: “@.com” (Gossáin:2018, p.73) y *“Lenguaje entre jóvenes, un reto para la comprensión”* (Gossáin:2018, p.129). Sin embargo, no lo logra hacerlo efectivo del todo, ya que el aporte de los jóvenes al dinamismo del lenguaje es tan rápido que resulta un tanto imperceptible, o difícil de captar, puesto que como el mismo afirma “el lenguaje es un órgano palpitante, que se renueva todos los días”. (Gossáin,2018, p. 132). Más allá de las consideraciones dicotómicas de bueno o malo, evolución o involución, ciertamente son los jóvenes y las nuevas generaciones quienes dinamizan la cultura en muchos sentidos, en estos relatos se expone con humor algunas de estas transformaciones.

Pero esas evoluciones del lenguaje en nuestro país, también conllevan falencias o errores en su uso, muestra el escritor que el lenguaje colombiano está lleno repeticiones sucesivas, de expresiones que resultan contrarias entre sí, pero al final resultan compatibles, por ejemplo: “fea hermosura”, “bullicioso silencio”, constituyéndose en una suerte de oxímoron perpetuo. Nuestro lenguaje se ha reducido a la repetición exhaustiva de expresiones trilladas, tanto en las conversaciones domésticas como en nuestras interacciones sociales, logrando expresar así solo actos comunicativos hipócritas y solapados, este aspecto lo muestra el escritor en el relato *“Colombia, un país donde hasta el lenguaje se corrompe”* (Gossáin: 2018, p.97).

A modo de conclusión de esta primera parte, podemos decir que el lenguaje se usa para comunicar, pero también puede cumplir la función de divertimento. Es una práctica viva que está en constante cambio, y que posee una cualidad magnífica que muy pocos advierten

y es la diversión que se puede encontrar en sus dominios. Mientras permite la expresión y el entendimiento del mundo que nos rodea, el lenguaje nos hace comprender el contexto colombiano y el entorno más íntimo a su vez que avala la interacción con los demás de forma lúdica. Resulta gratamente significativo que en el contexto colombiano exista tal heterogeneidad en la multiplicidad de las actualizaciones lingüísticas y que nuestra identidad esté reflejada en un lenguaje que está lleno de humor y diversión y que usamos todos los días de manera diferente, para en cierto modo controlar los devenires de la historia y del destino de la humanidad.

Capítulo 2. La palabra como signo creado. La variedad en la unidad del español.

El lenguaje es considerado como el conjunto de sonidos articulados y de otras formas comunicativas como los signos gráficos que el hombre ha utilizado desde que hace parte de un conglomerado social, esencialmente para manifestar lo que piensa o lo que siente. Ese conjunto de signos y símbolos -ya sean sonidos articulados o grafías- son las palabras que nos diferencian de los animales, y a su vez permiten diferenciar los grupos humanos.

En este capítulo me adentraré, a partir de los relatos de Juan Gossaín en su libro: “Las palabras más bellas y otros relatos sobre el lenguaje” (Gossaín, 2018), en la ductilidad de las palabras según sus múltiples usos y el contexto cultural en el que se inscriben. Ya que la dimensión conceptual de la palabra se funda en la lengua no solo como “manifestación de la energía interior de la conciencia, de cuyo poder emana la virtualidad creativa del lenguaje” (Candelier, 2013, p. 34), sino en la manera que una expresión, ya sea escrita o locución llana, tiene en su doble vertiente, formal y conceptual, y que la palabra canaliza en sus usos y connotaciones.

El capítulo dos está estructurado en cuatro partes, que son las siguientes: la primera es una introducción en la cual hago una pequeña contextualización filosófica, literaria y lingüística del lugar y la relevancia de la palabra y su trascendencia en cualquier acto de nuestra vida cotidiana por sencillo que parezca. En la siguiente parte hago un desglose de las cuatro características en las que he agrupado las palabras según el rol que desempeñan en la cultura colombiana. La tercera parte es un análisis de un relato de Juan Gossaín en el

que relaciono las características de las palabras antes señaladas. En la última parte realizo mis consideraciones críticas frente a la belleza del español, la variabilidad de las palabras según sus usos y contextos culturales e idiosincráticos, y el poder que encierra el lenguaje en relación con la intención de los hablantes, tal como lo señala Juan Gossaín en varios de sus relatos.

A través de la historia de la humanidad el hombre ha utilizado el lenguaje para expresarse y nombrar el mundo que le rodea. En la tradición presocrática, y dentro de la variedad de formas de comunicación que brinda el lenguaje, son las palabras las que conforman la esencia de las cosas, porque los hombres las utilizan para nombrar su entorno. La pregunta por la naturaleza del significado ha ocupado la atención de filósofos, lingüistas, literatos y muchos estudiosos del lenguaje quienes les han adjudicado a las palabras cualidades debido a la belleza y poder que encierran.

Para el filósofo griego Aristóteles quien disertó sobre la expresión del pensamiento en palabras, toda realidad es susceptible de ser narrada o imitada por medio del lenguaje. De allí que, las palabras fueran valoradas por ser el medio viable en que se transmitían las artes. Las palabras eran tan valiosas que el filósofo les adjudicó alma, al afirmar que: “las palabras habladas son símbolos o impresiones del alma” Aristóteles citado en (Bernal, 1983, p.497).

Para los escritores, la palabra constituye la herramienta fundamental de su labor y ahí radica el interés por ella en aras de otorgarle el lugar relevante que ocupa. Para el novelista Alberto Manguel, una de las funciones de las palabras es definirnos como personas, nuestra

identidad y todo el mundo exterior que nos rodea, lo podemos nombrar gracias a las palabras, sin ellas carecemos de sentido en nuestro ser y quehacer. Son ellas las que nos definen y ubican en un tiempo y espacio social. “Las palabras confirman nuestra existencia y nuestra relación con el mundo y con los otros”. (Manguel, 2010, p.19). De allí la importancia que entrañan las palabras como elementos aglutinantes de la cultura.

El lingüista colombiano, Félix Restrepo realizó grandes aportes al estudio del lenguaje que se usa en Colombia, en su obra “Diseño de Semántica General” estudia el significado de nuestras expresiones lingüísticas en el contexto colombiano. Las palabras son tan especiales para el lenguaje que Restrepo tituló su obra “El alma de las palabras”, ya que para él todas ellas tienen ese halo de energía que las hace inmortales:

Los diversos sentidos de cada palabra están todos como dormidos o como en potencia en los centros cerebrales del lenguaje. Al oír la palabra, el contexto o las circunstancias suele determinar o despertar una entre las varias representaciones potenciales. (Restrepo, 1917, p.145).

Desde aquí se observa la riqueza de las palabras en relación con su contexto cultural de enunciación, las múltiples significaciones que pueden contener según los usos y contextos socioculturales donde se inscriben, es decir se trata de un signo creado en un marco contextual determinado. Así como lo asevera Umberto Eco (2018) en su teoría de la semiótica, al referirse a los códigos de significación y a los procesos de descodificación, que constantemente se precisan en la comunicación humana. Puesto que en todo proceso de significación hay una forma significativa que el destinatario debe llenar con un

significado, y dicha forma significante está envuelta en la palabra, y en sus órdenes de significación: denotación y connotación.

Los anteriores referentes teóricos en torno al valor y trascendencia de las palabras, dialogan con la obra de Juan Gossaín, quien en su interés académico por el lenguaje en “Las palabras más bellas y otros relatos sobre el lenguaje” (Gossaín,2018), diserta sobre el valor que tienen las palabras en el contexto sociocultural colombiano, y el uso que los colombianos otorgan a cada vocablo presente en el lenguaje cotidiano.

2.1 Hacia una tipología de las palabras referidas en la obra de Juan Gossaín

El interés y fascinación de Juan Gossaín por el lenguaje y las palabras se ve reflejado en sus relatos en los cuales diserta sobre toda la carga cultural que le impregnamos los colombianos a nuestros actos comunicativos. Según esto he agrupado las palabras que refiere en su obra: “Las palabras más bellas y otros relatos sobre el lenguaje” (Gossaín, 2018) en cuatro características que son las siguientes:

En primer lugar, las palabras poseen las dos caras de la moneda, belleza y fealdad. Pueden ser lo uno o lo otro ya sea por el significado que transmiten o por lo agradable o no de su sonoridad, de allí que se diga que las palabras son música cargada de significado. Son muchos los parámetros para catalogar a una palabra como bella o fea pero el más grande es la subjetividad, según la cual se abre un gran panorama puesto que hay palabras bellas o feas según el número de personas hablantes del español.

El escritor menciona que hay medios de comunicación que hacen sondeos para descubrir qué palabras son las que los ciudadanos consideran bellas, y de ellas hace una pequeña lista, en la que las más frecuentes según esos sondeos, son: “Libertad, arrebol, soledad, ojalá, compasión, eterno, sonámbulo, etéreo, epifanía, efímero, luminoso, atardecer, mandrágora, dulce, amanecer, aurora, belleza, alegría, mar, ternura” (Gossaín, 2018, 27). El escritor no solo se queda con esa lista, sino que hace mención de las palabras que a su parecer son las más bellas: La primera de ellas, es “árbol”, porque el escritor la considera muy expresiva, puesto que simboliza cuán generosa es la naturaleza y porque el objeto que representa acoge a todos los que acudan bajo su sombra. Y la segunda palabra a la que él le otorga la etiqueta de bella es “agua”, que según el escritor encierra una gran profundidad en su sentido.

Así como existen palabras a las que se les puede considerar bellas, hay otras que no gozan de belleza alguna y son consideradas todo lo contrario, feas. La búsqueda de ese tipo de palabras ocupa la mayor parte del tiempo del escritor y su curioso interés por el lenguaje. Dos de esas palabras feas o curiosas son: “amover” que, aunque ya no existe, significaba la destitución de un funcionario público. Y “haiga” que existe, pero no es ninguna conjugación del verbo haber, con la que se podría confundir, si no un automóvil grande. Resulta inquietante ver cómo el uso social de una palabra también determina la apropiación y vigencia de la misma. El español, si bien tiene una unidad y cohesión interna muy fuerte, puede aportar variedades expresadas en el habla general de las regiones colombianas, y en la frecuencia con que se hace uso de una palabra.

Cada uno de los seres humanos piensa y siente de forma distinta, por ello resulta difícil, por no decir imposible, hacer una lista con aquellas palabras que la gente considera bellas o feas ya que la subjetividad juega un gran papel. En su teoría semiótica de la cultura, Umberto Eco no solo destaca esta subjetividad en el uso del lenguaje, sino también la incidencia de los contextos sociales que condicionan el uso de las palabras, lo cual permitiría comprender esa multiplicidad de ópticas al momento de determinar la belleza o fealdad de una palabra, “El código sociolingüístico se refiere a la estructuración social de los significados y a sus distintas, pero no desvinculadas, realizaciones lingüísticas contextuales”. (Eco, 1990, p.335). De allí que, Gossain señale con humor cómo el significado de mamporrero refiere uno de los oficios más particulares del mundo, el cual se remonta a las fincas castellanas, donde el peón debía encargarse de dirigir a buen destino el miembro viril del caballo, a la hora de copular con la yegua. Una palabra que etimológicamente deviene de mamporro, que significa golpe, trompada, puñetazo. El ejemplo en mención recuerda cómo una palabra significa en relación con su contexto, y cómo la misma unidad cultural puede derivar en otras palabras vinculadas en su variabilidad y extensión cultural.

La teoría de Umberto Eco corrobora así la estrecha relación entre el significado y el uso social de una palabra. Pero también, da cabida al aspecto subjetivo que permite considerar fea o bella una palabra. Concepción que se confirma si se llegara a confrontar a un interlocutor y se le hiciera la pregunta ¿Cuál considera usted la palabra más bella o la más fea? Y el resultado sería de una variedad tal equiparable al número de personas a las cuales se les haga esa pregunta, y seguramente no van a coincidir, o si llegasen a hacerlo no habría acuerdo unánime. Para el escritor vienen siendo árbol y amover, para otros podría ser

libertad y cárcel, cielo e infierno, o lluvia y sol. Todas ellas varían según lo que sienten y piensan cada uno de lo que consideran bello o feo determinado asunto.

En este punto, cabe mencionar las palabras que a nivel personal considero bellas o feas. La palabra más bella es “madre” porque encierra toda la bondad que puede contener una persona por otra. Una madre es alguien que da a sus hijos sin esperar nada a cambio. Alguien que siempre te acoge en su seno, no sólo los nueve meses que nos tiene en su vientre sino también cuando estás triste, enfermo, o exultante. Es una palabra tan bella cuya connotación más grande es “acogida” por ello a nuestro planeta se le llama “madre tierra”, porque nos ha acogido en su seno en nuestro paso por la tierra. En las áreas tecnológicas existe la tarjeta madre que es el circuito que reúne todos los componentes de un computador, y cuando ésta se avería se daña todo el sistema operativo que hace que funcione. Como será de bella la palabra, que hasta un dicho resalta su profundidad “cuán grande es una madre, que hasta Dios quiso tener una”. Sin embargo, si un hijo es abandonado por una madre la significación de esta palabra tendría una dimensión completamente distinta, connotando valoraciones disfóricas dentro de lo que Umberto Eco denomina connotación axiológica global.

En cuanto a la palabra que personalmente carece de belleza alguna es la palabra “muerte” ya que una de sus acepciones según el diccionario es “cesación o término de la vida” (DEL, 2019). La muerte implica el término de todos los procesos que tiene todo ser vivo. La muerte es el antónimo de vida, e implica el fin de los sentimientos, pensamientos, emociones que puede tener cualquier persona. La considero fea, porque implica una gran separación de ese ser del seno de su familia o de las personas que lo estiman. Sin embargo,

es motivo inspirador de múltiples obras literarias llenas de belleza, y en la cultura budista se celebra como un momento trascendental que permite la trasmutación de la materia. Una vez más, la unidad cultural fija una estructura frente a un signo lingüístico, en este caso la palabra muerte, y a su vez abre un campo extensivo de significación según el contexto cultural del que se hable.

Vemos así que además de la gran influencia de la subjetividad para considerar una palabra bella o fea, también juega un gran papel la intencionalidad del hablante y el contexto en que las usa. Por ejemplo, si alguien dice la palabra “árbol” por considerarla bella, en un contexto de violencia producto de un conflicto armado, la expresión: “lo voy a dejar colgado al árbol” tendría un significado abismalmente diferente, el sentido se modificaría por completo. Es decir, la belleza de las palabras depende también depende del uso que le damos, el contexto de enunciación en el que está inscrita y la intencionalidad de los hablantes.

Al igual que la belleza, la segunda característica atribuida a las palabras sobre las cuales reflexiona Juan Gossain en sus relatos, posee una gran importancia ya que, así como las personas, las palabras también atraviesan un período limitado de existencia en el cual desarrollan su vida útil por medio del uso que las personas les den, “hay términos que, como todas las criaturas del mundo, nacen y crecen, pero también se mueren” (Gossain,2018, p.28).

En muchos de los relatos el escritor resalta la vida útil y limitada de las palabras, pero también una posibilidad de recrearse constantemente y en esa medida transformarse. La

vida de las palabras es móvil, no se estanca, en su etapa de crecimiento gozan del esplendor de su utilidad, pero con el paso del tiempo y del devenir histórico y sociocultural su uso disminuye hasta tal punto que desaparecen. Entre las palabras que el escritor considera que ya cumplieron su ciclo es la palabra “uebos” a diferencia del producto de la gallina es sin h y que él explica de la siguiente manera:

“Uebos”, así como se escribe, es una de las palabras más antiguas del idioma, solo existe en plural y hasta procede de noble familia, porque viene del latín. Hace cientos de años se le usaba para indicar que tenía necesidad de algo o urgencia de alguna cosa. (Gossaín,2018, p.29).

Se sabe que el español procede del latín vulgar, el dialecto vernáculo del latín clásico. En el uso oral y escrito que se hace del español hoy día en Colombia, la palabra uebos, sin h, prácticamente ha desaparecido, o por lo menos se ha neutralizado. Su vida útil feneció. Esta desaparición de una palabra está directamente relacionada con su desuso.

Otra de las palabras que el autor considera en desuso y que ya he mencionado pero que, a diferencia de la anterior, el diccionario aun da cuenta de su existencia, es “mamporrero”, que puede sonar un poco brusca, por su sonido y no menos por su significado al entender que denota un antiguo oficio de peón que se encargaba de dirigir el miembro viril del caballo hacia la copulación (Gossaín,2018, p.29). Es el uso el que le proporciona existencia a las palabras, y es lo que resalta Juan Gossaín constantemente en sus relatos, “son tantas las palabras que ya no existen. Murieron de viejas”. (Gossaín, 2018, p.18). La palabra sin uso tiende a desaparecer porque éste es el que le da energía y vida en cada acto

comunicativo. Lo cual demuestra también que la palabra está sometida a un condicionamiento cultural que le aporta, o le resta vitalidad.

En el contexto colombiano pienso que una de las palabras que ha cumplido su ciclo de vida es la palabra “múcura” que según el diccionario es un término propio de tres países de Sudamérica que son Colombia, Venezuela, y Cuba. Ya que es “ánfora de barro que se usa para conservar el agua” (DEL,2018). Esta palabra, aunque sigue registrada en el diccionario, ha perdido en gran medida su uso. Si se le llegase a mencionar a alguna persona joven, responderá que no conoce su significado y la palabra perdería toda la significación cultural y ancestral que tiene. Hasta hace poco, en nuestro país, la palabra múcura era tan usada para denominar el recipiente de barro con el que se recogía el agua en los contextos rurales y campesinos, ya que designaba un referente tan popular que hasta el músico Crescencio Salcedo compuso una canción en 1930 para poder homenajear dicho objeto. La versión más conocida fue la de Antonio Fuentes de 1948, que dio a conocer los orígenes y usos humildes de dicho objeto y palabra, por medio de los versos “Muchacha si tú no puedes con esa múcura de agua, muchacha llama a San Pedro, pa’ que te ayude a cargarla”. (Fuentes, 1948). Puede darse el caso que la palabra se empeñe en volver cada vez que una práctica cultural la recree, es decir, la múcura despierta del olvido cada vez que alguien escucha la composición tradicional de Crescencio Salcedo. Un signo sonoro, que revive como signo lingüístico, de allí a que se vuelva un signo extendido dentro de una comunidad de hablantes es otro asunto.

Cabe mencionar aquí, una serie de preguntas que resulta del ejercicio de buscar esas palabras que han disminuido su uso en nuestro lenguaje. La primera es: ¿Por qué han

dejado de usarse? Pueden existir muchos motivos, pero uno que podría formularse es la falta de interés o conocimiento de todos esos tesoros ancestrales de nuestro lenguaje por parte de los jóvenes, que son los que renuevan o no esos términos. De otra parte, la valoración sociocultural que se hace de una u otra palabra que puede ocasionar su registro frecuente, o por el contrario su desuso.

La segunda pregunta es: ¿Quién determina el uso de las palabras? Ese uso está determinado por dos cosas: la personalidad, es decir la forma particular de pensar, sentir o decidir del hablante y el contexto en el que se mueve. Las palabras no significan lo mismo, para dos personas cuyos contextos socioculturales sean diferentes. Pero aquí, podría añadirse algo más, y es la función del código como regulador de la comunicación. La situación en que se recibe la comunicación, lo cual determina la elección de un código con preferencia a otro. Para Umberto Eco es fundamental el que exista un código compartido y una convención cultural que permita establecer la comunicación entre los hablantes. Es esa fuerza social la que determina, en buena medida, qué palabras harán parte de una situación de comunicación dada.

Por ejemplo, la palabra “porro”, si lo dice un campesino o músico de la costa norte de Colombia podría ser una melodía propia de la sabana, pero para otros puede ser también un cigarrillo de hierba, o marihuana. El contexto influye en los hablantes y son ellos los que determinan el uso de las palabras que necesitan para referirse a su realidad.

El tercer interrogante que surge es: ¿por qué aun estando registradas en el diccionario si no se utilizan es como si estuvieran dormidas o muertas? Si una palabra se encuentra en el

Diccionario de la Lengua Española, que es su máximo regidor, es porque aún tiene vida y no se ha declarado la muerte de la misma. Se puede decir que la palabra está dormida ya que en cualquier momento y en cualquier acto comunicativo puede salir a la luz, si sus partes conocen su significado y sus acepciones y justifiquen su uso en contextos socioculturales adecuados que le den vida plena. Es como un libro que reposa en una biblioteca, solo adquiere vida y valor si sale a la luz y hace parte de una experiencia de lectura. ¿Qué es el significado de un término?, se pregunta Umberto Eco, y su respuesta es: “desde el punto de vista semiótico no puede ser otra cosa que una unidad cultural” (Eco, 1986, p.61). A su vez, es una unidad semántica inserta en un sistema. Lo que implica un llamado a entender el lenguaje como fenómeno social. El diccionario devuelve tan solo un aspecto de la palabra, de allí que los órdenes de significación: denotación y connotación revivan no sólo al libro llamado diccionario, sino la versatilidad de la palabra según sus usos y el contexto sociocultural donde es enunciada.

Cualquier tipo de personas ya sea el intelectual o el iletrado, el pobre o el rico, el joven o el viejo son los quienes dan vida a las palabras. Una palabra puede existir por siglos, pero su uso se registró en determinada época como señala Juan Gossain con el caso de la palabra “deturpado” cuyo origen remonta a los frailes monásticos y su significado aún se encuentra registrado en los diccionarios, pero su uso ha perdido vigencia ya que solo se utilizan sus equivalentes como son feo, manchado o deforme. Según la Semiótica de la Cultura de Umberto Eco se puede observar cómo el campo de significación de una palabra se amplía según el contexto, así la palabra “deturpado” tiene aún connotaciones que guardan algunos asomos de lo que fue su significado original, así su uso no sea bastante extendido.

Para Juan Gossaín, son muchos los factores que determinan el desuso de las palabras, entre esos hay uno que es el uso de antónimos, que le dio vida a la nueva palabra y la muerte o la decadencia a su contraria:

En muchos casos, para expresar la idea contraria de lo que significaba una palabra, bastó con anteponerle el prefijo in. Los ejemplos abundan: “usitado” era lo que ocurrían con frecuencia, lo constante lo permanente. Entonces se creó “inusitado” para designar lo contrario, lo excepcional, lo que es poco frecuente. Lo mismo sucedió con “sólito” y su contrario “insólito”, con el paso de los años, nadie volvió a emplear la original sino su derivado. (Gossaín, 2018, p.18).

Frente al proceso de transformación que experimentan las palabras y que Juan Gossaín manifiesta, al decir que las palabras nacen, crecen y mueren, ya sea por su uso o por las variaciones que de ella hacen las personas. Existe una conceptualización paralela de Umberto Eco en su teoría de la Semiótica de la Cultura en la cual afirma que para las palabras no existe la muerte, sino que acaece una serie de transformaciones o construcciones diferentes regidas por los hablantes del lenguaje, ya que las palabras son las que definen al hombre (en término genérico) y dichas palabras terminan siendo recobradas o vueltas a la vida según los contextos y unidades culturales que estén implicadas por distintos aspectos: regionalismo, idiosincrasia, y lugar que ocupa el hablante:

La ciencia de los signos es la ciencia de la constitución del sujeto.
 ...los hombres y las palabras se educan recíprocamente: todo incremento

de información en un hombre entraña – y es entrañado por – un incremento de información de una palabra. La palabra o signo que el hombre usa es el hombre mismo. (Eco,1990, p.74).

La tercera característica en la que he agrupado las palabras referidas en la obra de estudio de Juan Gossaín, es el poder que éstas encierran. Poder entendido en relación con la intención del hablante y los efectos del lenguaje. Una palabra es poderosa porque rige por los sentimientos de cada individuo que la usa. Es decir, hay un aspecto emotivo y afectivo que envuelve el uso de las palabras y que, muchas veces orienta la intención de los hablantes con las que pueden expresar su realidad y su individualidad.

En el relato “De Bárbaros y vándalos” (Gossaín,2018, p.77) el escritor hace una apología al poder inherente que tienen las palabras, ya que por ellas se puede influenciar a los demás para que piensen o actúen como se quiere. En las primeras líneas del relato escribe: “No hay arma más poderosa que una palabra. Tampoco la hay más frágil” (Gossaín, 2018, p.77), exponiendo así el poder que encierra la palabra, pero a la vez el peligro que la palabra entraña por ser, en ocasiones, escurridiza y, en todo caso, determinada por el uso y la intención de los hablantes. Aquí entran cualidades intrínsecas del uso de las palabras relacionadas con la capacidad oratoria, la retórica, y la intención de los hablantes con sus correspondientes efectos de sentido en los otros. Quiero precisar que, en esta investigación, no me adentro en teorías relacionadas con el estudio del poder desde la ciencia política, este no es precisamente un abordaje desde la mirada foucaultiana, ni una revisión del concepto de “empoderamiento”, pero es importante advertir que Gossaín repara

en el poder de la palabra, que también está relacionado con la intención de la comunicación y los acuerdos que establecen los hablantes en sus interacciones.

La palabra es poderosa y está determinada por el contexto en que se usa. Por medio de ella se puede ejercer una influencia positiva o negativa en los demás, pero esa influencia depende también del contexto sociocultural en el que se dan los actos comunicativos. Esa cualidad la compara Juan Gossaín con un arma porque una palabra usada en el momento y contexto preciso puede incidir en el pensamiento y la forma en que actúan los demás. A propósito, cabe mencionar aquí los versos del poeta Gabriel Celaya, cuando dice: “la poesía es un arma cargada de futuro”, como queriendo recordar el poder del lenguaje, una forma de explicar nuestra historia desde la palabra misma. Y es que con las palabras podemos herir, conmover, increpar, ablandar, motivar y un sinfín de verbos que movilizan el espíritu de los hombres. “No hay arma más poderosa que una palabra. Tampoco la hay más frágil. ... los hombres usan las palabras según sus odios y amores para darle un significado distinto al que ellas mismas tienen”. (Gossaín, 2018, p.77).

El tiempo y los hechos históricos pueden hacer mella en las palabras y ellas pueden cambiar sustancialmente de significado y usarse para designar lo opuesto de lo que designaban cuando fueron creadas:

El cambio de sentido que los acontecimientos de la historia, y en especial de las palabras, sufren con el paso de los años. Algunas se transforman de una manera tan diametral, que terminan significando

exactamente lo contrario de lo que querían decir al comienzo.

(Gossain:2018, p.77).

En estos cambios de sentido radical que pueden sobrevenir a las palabras también radica su poder, esa variedad dentro de la unidad. La movilidad del lenguaje. El escritor presenta una pequeña muestra de esas palabras que comenzaron significando lo opuesto a lo que expresan hoy en día. La primera de ellas es “álvido” que en los comienzos del idioma significaba muy frío, pero actualmente la palabra significa ardiente. La otra de ellas es “vándalo” que en sus orígenes era un pueblo del Mar Báltico que era pacífico y se dedicaba a la agricultura. Hoy en día, la palabra se usa para designar lo contrario a lo pacífico, con ella se nombra a los forajidos, perturbadores y destructores de bienes públicos. Podríamos extender aún más la significación del término si lo pensamos desde un contexto sociopolítico como el colombiano donde los intereses de determinado grupo alimentan el imaginario en torno al enemigo, el perturbador, el vándalo, o la otredad.

La última palabra es “bárbaro” que antiguamente designaba a las personas que migraban a otros lugares buscando mejores condiciones de vida, era el simple extranjero. Actualmente, la palabra no designa al extranjero sino a las personas que se exceden en su fuerza en el trato a los demás, al sanguinario, al tosco, grosero e incluso advierte la falta de cultura en un grupo humano, pero si lo pensamos en un contexto intelectual y académico podría pensarse en términos de civilización y barbarie, a la manera propuesta por Domingo Faustino Sarmiento (1845). Es decir, la significación de un término varía según las unidades culturales en juego, los contextos socioculturales de enunciación y el momento histórico de la comunidad de los hablantes.

Cabe preguntarse aquí por el contexto colombiano actual, dentro de las expresiones y locuciones “corrientes”, ¿qué otras palabras son opuestas al significado que tenían inicialmente? Un ejemplo de ello, es la palabra “paila”, que según el diccionario es “una vasija grande de metal, redonda y poco profunda” (DEL,2019), o un simple “recipiente de cocina”. Hoy en día, con las transformaciones que los jóvenes le hacen al lenguaje, la palabra “paila” en Colombia puede expresar algo desastroso, feo, que está mal, y según el contexto en que se use puede significar que alguien está en una mala situación.

El poder que las palabras encierran, sobre todo por la capacidad de transformarse en el tiempo y cambiar diametralmente su significado, resulta más que inquietante. Lo que más poder otorga a las palabras es su uso y cómo con ellas, las personas pueden expresar sus sentimientos o pensamientos, y sobre todo generar algún efecto de sentido que repercuta en el otro, incluso un daño como si en realidad se usara un arma, “Cada palabra tiene su carga propia y puede ser tan explosiva como una bomba atómica” (Gossain:2018, p.77). La palabra, según su uso puede constituirse incluso en fuente del prestigio o desprestigio de una persona. De allí que, muchas veces, se hable de calumnia cuando se hace una acusación falsa mediada por la palabra, ya sea verbal o escrita, o injuria cuando se trata de un agravio de palabra, u obra.

La teoría semiótica de Umberto Eco sustenta que las palabras poseen una gran carga de significados y en los actos comunicativos es cuando despliegan todo ese poder, es en la interacción con el otro en donde muestran su verdadero potencial acorde con la intencionalidad y carga emotiva con que el mensaje es emitido o recibido por los

integrantes de los procesos de comunicación, de allí que las palabras “en situación de comunicación” constituyen un verdadero puente de los procesos de significación.

El proceso de comunicación se verifica sólo cuando existe un código.

Un código es un sistema de significación que reúne entidades presentes y entidades ausentes. Siempre que una cosa materialmente presente a la percepción del destinatario representa otra cosa a partir de reglas subyacentes, hay significación. (Eco,2000, p.25).

La última característica de las palabras en los relatos de Juan Gossaín, es la multiplicidad de usos que tienen algunas de ellas en el lenguaje colombiano. Resalta una que bate los estándares de los diferentes usos que tiene, ella es la palabra “vaina” que posee innumerables usos en el lenguaje. El escritor dice que la palabra se usa para casi todo en el lenguaje cotidiano, y parece ser una especie de muletilla que saca de apuro a cualquiera que la use: “Muletilla verbal, recurso para los hablantes en apuros, sonsonete cotidiano, palabra que lo define todo y no define nada...se ha convertido con el paso del tiempo en el vocablo favorito de los colombianos, el más socorrido, el más usado”. (Gossaín,2018, p.145).

El origen de la palabra viene del latín “vagina” que designaba la funda de los sables y espadas, pero con el paso del tiempo se aplicó al forro de los cuchillos y armas parecidas, hasta llegar a ser la envoltura de ciertas semillas y legumbres. En su peregrinaje por el mundo hispano, el vocablo llegó a nuestro país donde se le consideró un término de baja categoría y hasta vulgar, pero con el transcurrir del tiempo se ha convertido en la palabra más usada en el lenguaje colombiano porque se usa para absolutamente todo porque puede

remplazar cualquier tipo de palabra: “Me atrevería a decir que es la más colombiana de todas las palabras. Y la más imprecisa. Es indefinida e indefinible. No hay manera de agarrarla. Para incluir sus interminables variantes habría que escribir un diccionario completo”. (Gossaín,2018, p.149). Se observa una vez más, cómo el contexto cultural colombiano enriquece el lenguaje a través de la multiplicidad de usos de una palabra, una sola palabra que dependiendo de la unidad cultural en la que está inscrita abre un campo vasto de posibilidades de comunicación.

Existen algunos casos en los que podríamos ver los múltiples usos de la palabra vaina. Por ejemplo, en la costa norte colombiana donde predomina su uso, cuando alguien siente que no es comprendido y el otro tiene un disgusto o está buscando pelea lo increpa diciendo: “¿Qué es la vaina tuya?”. Otro ejemplo es, en la región cundiboyacense, cuando alguien está esperando una respuesta positiva o significativa de alguien y dicha respuesta es todo lo contrario o no cumple las expectativas que el interlocutor tenía, dice: “no me salga con esa vaina ahora”. O cuando alguien dice: “Dejémonos de vainas”, ante las evasivas de su interlocutor.

Otra de las palabras que Gossaín dice que tiene múltiples usos en nuestro lenguaje es el vocablo “carajo”, que a diferencia de “vaina”, no se sabe de dónde proviene, su origen o cómo surgió, pero igualmente tiene diferentes usos que se han arraigado en el lenguaje colombiano como si fuera un comodín para expresarse positiva o negativamente en los diversos actos comunicativos.

Cuando el vocablo “carajo” empezó a usarse en nuestro territorio, se le consideró también de baja categoría social porque su connotación era grosera ya que se usaba para insultar. Con el tiempo la palabra ha cambiado tanto de significado que en la actualidad se usa para expresar absolutamente todo: “Es la única palabra castellana que tiene al mismo tiempo su sentido propio y el contrario. Es antónima de sí misma, es casi hermafrodita. Puede significar, simultáneamente, lo negativo y lo positivo”. (Gossaín,2018, p.82).

En Colombia, la palabra “carajo” al igual que “vaina” sirve para remplazar cualquier vocablo que al momento de expresarse se olvide. Por ello al momento de hablar puede sustituir cualquier término gramatical desde un sustantivo hasta un verbo. Cambia fácilmente de función conforme al uso que cada uno le quiera dar y hasta la entonación con la que se exprese. Y es aquí donde una vez más se reafirma la importancia del acto comunicativo en su totalidad y no como palabras aisladas, pues no es lo mismo decir: ¡Haga la tarea, carajo!, a ¡ese es un puro carajo! Sobre la riqueza de este signo lingüístico, “carajo”, escribe Juan Gossaín:

Se trata de la palabra más expresiva del idioma castellano, la más variable y provechosa, la que cambia de ropa todos los días. Sirve para todo de indistinta manera, para elogiar y condenar, para pelear o departir, para odiar y amar, para felicitar o regañar, para reír y llorar, para gozar o sufrir, para criticar y ponderar, o para referirse a alguien sin mentarlo. (Gossaín, 2018, p.85).

La palabra carajo puede llegar a ser una grosería, o un insulto, pero a la vez puede ser la palabra más insignificante cuando se utiliza como una forma de expresión de un olvido. Por ejemplo, cuando recordamos que dejamos de hacer algo importante, decimos “ay carajo, olvidé entregar los papales”. También podemos ver que la palabra carajo denota un sitio indeterminado, cuando alguien está perdido, o cuando no se deja ver por mucho tiempo, el saludo es “¿Dónde carajos estabas?”.

Umberto Eco señala en su teoría semiótica que un signo puede ser interpretado de muchas formas puesto que cada persona lo puede expresar de distintas maneras según la entonación, gesticulación e intención. Mensaje que puede ser recibido no por el signo en sí mismo sino por todo el contexto social donde se produce:

Un automóvil (entendido como objeto físico concreto) indica cierta posición social y adquiere un valor simbólico indudable; eso ocurre no solo cuando “automóvil” aparece como una clase abstracta significada como contenido verbal o pictográfico (como ocurre cuando significantes diferentes denotan la misma entidad semántica abstracta) sino también cuando el automóvil se presenta como objeto. El objeto se convierte en el significante de una unidad semántica que no es solo “automóvil” sino que puede ser, “velocidad”, “conveniencia” ...el objeto se convierte en el significante de su función (o uso) posible. (Eco,2000, p. 52).

En conclusión, hay una circulación del sentido que reviste el lenguaje, el cual puede poner en correlación la misma unidad cultural a otras unidades culturales, y esto solo

sucede en un acto comunicativo que dialoga con su contexto sociocultural, “el cual a su vez depende del sentido que se ha querido asignar a los distintos términos, para amalgamarlos de manera determinada, tanto por parte del emisor como parte del destinatario” (Eco, 1973, p. 187). De allí que existan tantas expresiones polivalentes en las locuciones usadas en Colombia.

2.2 Análisis de los relatos

Para relacionar las características de la palabra desarrolladas en este capítulo analizaré a continuación el conjunto de dos relatos, los cuales no solo reúnen la tipología planteada en torno a las cualidades de la palabra anteriormente descritas, a saber: belleza o fealdad, vida útil de las palabras, poder en los efectos de sentido que ésta construye, y multiplicidad de usos; todo lo cual aporta riqueza al idioma español en Colombia, y variedad dentro de la unidad cultural en la que se inscribe un término o signo lingüístico.

En primer lugar, tenemos el relato “Las palabras más bellas, más largas y más curiosas del castellano”, (Gossaín,2018, p.25), estructurado a partir de una introducción y cinco partes en las cuales la reflexión gira en torno a la palabra, la riqueza del lenguaje y la belleza del idioma español. La introducción gira alrededor de un interrogante sobre cuál se considera la palabra más fea o la más extraña y cuya respuesta difiere según las personas, ya que cada una es un mar de pensamientos tan distintos como sus huellas dactilares y su forma de pensar está supeditada a la personalidad y al contexto social donde se desenvuelve. Es decir, de una parte, está el ser humano determinado por el lugar que ocupa

en el mundo, y dentro de una situación de comunicación específica, pero también está la libertad de elección que le ha sido conferida como sujeto dotado de lenguaje, lenguaje que, entre otras cosas, puede seleccionar e incluso reinventar.

Para Umberto Eco existe lo que se llama libertad que modifica el significado de un mensaje, por ello todo mensaje es susceptible de cambiar por la singularidad de los integrantes del acto comunicativo: “La semiótica sabe que el mensaje crece, pero ignora cómo lo hará. Todo lo más, comparando el mensaje significante, que no cambia con los mensajes –significado que ha originado, puede delimitar un campo de libertad”. (Eco,1986, p.161).

Enseguida, aparece el primer texto breve que integra este conjunto de relatos, denominado: “Campeón o subcampeón”, Gossaín se interesa aquí por los elementos que constituyen la palabra, y diserta sobre las letras, y el origen de cada vocablo. La letra que es más repetida en el idioma español, concluye, es la E, y le sigue la A, no como ocurrió desde los orígenes del castellano cuando la letra más repetida de la lengua era la A. Esta parte es como un gran paréntesis al tema central de las palabras, y pareciera que el autor se va por las ramas, sin embargo, pregunta por las letras que la gente más emplea en su vida cotidiana, volviendo la atención al nexo lenguaje – vida cotidiana; en todo caso su foco que son las palabras se ve aplazado para escribir apuntes curiosos de las letras, como por ejemplo cuáles son las letras menos usadas, la K, W, X, Ñ, Z, comentario que dará paso al siguiente texto.

En el siguiente titular del conjunto de breves relatos: “Las más bellas” retoma el hilo conductor de las palabras más bellas de la lengua castellana, un texto en el que además expone, a partir de una investigación de la cadena radial de la BBC, cuáles son las palabras que se mencionan con más frecuencia. Gossaín también aporta su opinión personal de las palabras más bellas, ellas son árbol y agua, como ya se mencionó. Expresa su razón por la cual considera la palabra árbol como la más bella porque considera que “simboliza la generosidad infinita que hay en la naturaleza” ya que el árbol acoge bajo su sombra bienhechora a todas las criaturas, incluyendo al leñador que va a matarlo”. (Gossaín,2018, p.27). La otra palabra que el escritor considera bella es “agua” al considerarla “tan profunda y expresiva” pero a diferencia de la anterior no ahonda en su simbolismo.

La siguiente parte del relato es “Curiosidades”, en la que el autor muestra cómo su pasión por la lectura de su colección de diccionarios, lo ha llevado a encontrar datos curiosos sobre el lenguaje “me la paso recogiendo, además, las palabras más curiosas o más feas del idioma” (Gossaín,2018, p.29). Muestra con ejemplos mencionados anteriormente, como son “amover” (destituir a un servidor público) y “haiga” (carro grande y ostentoso) el hecho curioso de la significación descontextualizada y atemporal de esas palabras que lastimosamente han perdido uso y espacio en nuestros actos comunicativos.

La teoría semiótica de Umberto Eco aduce que al usar el lenguaje juega bastante la subjetividad de las personas y las características de la sociedad a la que pertenece, elementos que confluyen en las diferentes connotaciones de las palabras, por ello las palabras que se consideran bellas, feas y curiosas difieren tanto de persona a persona:

Una determinada manera de usar un lenguaje se identifica con determinada manera de pensar la sociedad. La ideología, bajo prima semiótico, se manifiesta como la connotación final de la cadena de connotaciones, o como la connotación de todas las connotaciones de un término. (Eco,1986, p.160).

En “tiene uebos” señala la antigüedad de la palabra de procedencia latina cuyo significado era la necesidad urgente de algo, pero en lo que quiere hacer énfasis es en lo cómico, curioso y diferente que puede resultar el uso de las variaciones actuales de esa palabra en la que solo tiene significación con h.

En el “Epílogo” del conjunto de breves relatos de Juan Gossaín, muestra dos palabras sinónimas que le produjeron terror: “glabro” y “recalvastro” y que designan a una persona sin cabello, calva. Una vez más se comprueba aquí la importancia del uso social de un término, o de un signo lingüístico, el uso que determina la vida útil de una palabra dentro de un conjunto humano, pues no imagino a alguien que en la Colombia de hoy le diga a otro: “Usted se está volviendo glabro, o recalvastro”. También menciona las palabras “apotropaica, regolaje, bienquisto, yacturas” cuyos significados se los deja de tarea a sus lectores. Tarea que de paso emprendo con los lectores de esta investigación. Estos juegos del lenguaje obedecen una vez más a su afán por resaltar el carácter divertido del lenguaje, y una invitación tácita a valorarlo y conocerlo.

En segunda instancia tenemos otro relato llamado “La gran parranda del idioma” (Gossaín,2018, p.103) en el cual Gossaín a través de dos partes, nos muestra cómo el

escritor colombiano Gabriel García Márquez, el cual fue mencionado en el primer capítulo, respalda dos de las características trabajadas en este capítulo que son: la vida limitada de las palabras y el poder que tienen las palabras en nuestro contexto colombiano.

En la primera parte del relato, el autor menciona una historia que apareció por entregas en un periódico, la cual contaba la historia de un indio que debido a su enfermedad lo llevaron a una ciudad y por la presión de la urbe se veía para devolverse por su cuenta a la selva. Gossaín introduce la historia para compararlo con el escritor Gabriel García Márquez, quien usaba con maestría la lengua para crear narraciones. Ese dominio del lenguaje se ve especialmente en sus memorias “Vivir para contarla” que según Gossaín es “un verdadero festival del lenguaje” (Gossaín, p.103).

Al igual que muchos lectores y estudiosos de la obra de nuestro Nobel, Gossaín elogia la gran imaginación de García Márquez en su narrativa, pero antepone a ella una gran herramienta que el escritor tenía que era un perfecto dominio del idioma, “la imaginación es la masa de la torta, pero la palabra es la levadura” (Gossaín, p.104). Una sencilla expresión que respalda dos de las características de la palabra trabajadas en este capítulo, que son la belleza y el poder. La belleza de una palabra que muestra todo un proceso de transformación de nuestro lenguaje ya que posee el poder de fermentar desde dentro nuestro lenguaje y lo transforma en esas particularidades tan características de nuestra sociedad colombiana.

La segunda parte del relato se subtitula “Los hallazgos” a través de la cual Gossaín hace un recorrido por once palabras o expresiones que García Márquez usó en sus memorias,

con las cuales muestra el dominio que el escritor tenía del idioma y del exquisito léxico que manejaba. Entre esas palabras están: Botamen, lampazo, venático, tumbaburros, conducerma, famina, averío, guatacuco Juan Breva, miseria humana, frémito”. Algunas de ellas ya se consideran en desuso, es decir su vida útil ya caducó, pero el escritor hace uso de ellas en “Vivir para contarla”.

El relato termina con un pequeño epílogo llamado “postdata” en el cual muestra una anécdota de García Márquez en el aeropuerto de Madrid, en donde es abordado por una mujer que lo llama “mago del idioma”, y él la increpa al decirle que los verdaderos magos del idioma son los músicos populares que existen en su tierra, que son capaces de crear versos con un uso magistral del idioma y menciona dos versos de la canción “La piragua” que dice: “Ya no cruje el maderamen en el agua / donde yace dormitando la piragua”.(Gossaín,2018.p.109). Mostrando así que en nuestro contexto colombiano el lenguaje es tan diverso que hasta los compositores utilizan palabras tan bellas para crear versos que la música ha inmortalizado y que han forjado nuestra identidad cultural.

2.3 Consideraciones críticas

Desde mi apreciación crítica en torno a las características que Juan Gossaín otorga a las palabras sobre las cuales reflexiona en sus relatos, considero que el concepto de belleza o fealdad que se pueda atribuir a una palabra es tan subjetivo que cada uno puede considerar cuáles son sus palabras que encajan en estas dos categorías. Es una cuestión de simple gusto y condicionamiento cultural al elegir las palabras a las que considere más bellas o

feas, pero también hay un espacio para la libertad de asociación del lenguaje, lo que lleva a pensar en las infinitas posibilidades de recrearlo.

Fuera de los gustos puede regir muchos otros aspectos como la sonoridad de esas palabras, su significado y todo lo que este implica en una persona. Sus características personales, su situación anímica actual y su entorno social inciden en la escogencia de unas palabras y otras, por eso puede que las que elija, no necesariamente coincidan con las palabras del otro, ya que el otro observa el mundo desde el lugar particular en el que se encuentre, con sus pre-saberes, prejuicios, niveles educativos y entornos socioculturales diferentes.

Las palabras cumplen un proceso finito en el cual nacen, crecen y mueren. Frente a ese proceso, pienso que las palabras no mueren, simplemente se transforman en otras, pero no dejan de existir porque obedecen a la característica del lenguaje mencionada en el primer capítulo, donde se señaló cómo el lenguaje está en constante movimiento, por lo tanto, las palabras también presentan un cambio continuo que las dinamiza, y en ocasiones las pone en el centro de una práctica cultural, y en otros casos en la periferia.

Uno de los factores esenciales del pensamiento humano es el poder que las palabras tienen para mover e influenciar a los demás, desde Hölderlin cuando recuerda que “se le ha dado al hombre el más peligroso de los bienes: el lenguaje”. Hölderlin (Citado en Heidegger, IV. 246). Cuántas veces no hemos escuchado la creencia que “la palabra tiene poder”, desde Hölderlin hasta la actualidad donde la palabra se usa para influenciar a los demás, de tal forma, que terminen pensando y actuando de la manera en que se desea, por

ello el creciente auge de la programación neurolingüística como modelo de pensamiento que influye sobre el comportamiento de una persona como una manera de mejorar la calidad y la efectividad de la vida.

Valdría la pena preguntarse aquí, ¿cuál es el poder de la palabra en nuestro país? Y la respuesta que surge es: en el ámbito social, cultural y político del país el poder de la palabra se ha desvirtuado tanto y lo que se expresa en ciertos entornos sociales pueden ser desmentidos en otros. Por lo que se podría afirmar que la palabra es de las cosas que más carece de valor, hemos llegado a un punto en que la palabra no tiene peso, en unos ámbitos mucho más que otros, por ejemplo, en la política donde el pueblo es testigo de las incongruencias de los políticos en campaña respecto a lo que realmente hacen cuando están en el poder. Esta investigación también es un llamado a revalorizar la palabra, el uso de las palabras y el lugar que deberían ocupar en un contexto sociocultural dado.

En la antigüedad, los contratos se hacían por medio de la palabra, tenía tanto peso y poder que sólo ella bastaba para darle credibilidad a las personas. Hoy en día la palabra ha perdido ese poder, y la única garantía es la palabra escrita, por ello, los contratos solo existen si están por escrito. Hablada o escrita, transformada por el uso o no, la palabra sigue siendo lo que Juan Gossaín llama un “arma poderosa”.

Las palabras poseen una belleza inherente en ellas, y al redescubrir su valor no solamente puede hacerse un uso del lenguaje más amplio y enriquecido, sino que también se puede jugar con ellas, divertirse con el lenguaje, como lo supo hacer García Márquez y

otros grandes escritores colombianos, quienes a través de su narrativa no solo han hecho literatura, también han rescatado a muchas palabras de las garras del desuso y el olvido.

Por último, en la obra de Juan Gossaín “Las palabras más bellas y otros relatos sobre el lenguaje” (Gossaín, 2018), se observa también que la palabra tiene la característica de la multiplicidad de usos, lo cual otorga riqueza y flexibilidad al lenguaje, a través de los ejemplos que ilustra con las palabras “vaina” y “carajo”. En efecto, hay pocas palabras que se usan para todo, cuyos usos y significados dependen también del contexto donde se emiten, y en ello inciden las regiones que posee nuestro territorio colombiano. Aquí saco a relucir de nuevo el carácter dinámico del lenguaje que hablamos los colombianos, el cual está en constante movimiento, de allí que muy pocas palabras se pueden considerar “toderas” a nivel nacional.

En conclusión, en este capítulo dedicado a la palabra, hemos visto cómo el escritor Juan Gossaín le ha adjudicado ciertas características como belleza y fealdad, mutación o cambio, poder y multiplicidad de usos, vida útil, que solo tienen cabida en nuestro contexto social y cultural colombiano. Es en la interacción con el otro, en el seno de nuestra cotidianidad donde las palabras despliegan su magia y encanto. Ellas también inciden en nuestra personalidad, pensamiento y sentimientos que les imprimen esa carga emocional a nuestros actos comunicativos dentro de un marco social y cultural específico. Esas características que hacen que las palabras se deslicen del diccionario a la casa de la vida, la casa cultural donde las palabras renuevan constantemente sus innumerables posibilidades de significar. Podemos decir que los relatos sobre el lenguaje de Juan Gossaín expresan en forma amena la realidad del lenguaje que usamos, con ejemplos sencillos y aunque muchas veces

demasiado simples, se acerca a cualquier lector desprevenido pero deseoso de conocer los lados y aspectos desconocidos de nuestro lenguaje y que, gracias al escritor podemos explorar al tener un acercamiento más significativo a dicha riqueza del lenguaje.

Conclusiones

Después de hacer el recorrido por los relatos seleccionados para la presente investigación sobre el lenguaje del escritor colombiano Juan Gossaín, y de la mano de la Semiótica de la Cultura de Umberto Eco para realizar el análisis, y escudriñar las características del lenguaje y de la palabra, me permito formular las siguientes conclusiones:

Para cualquier persona y especialmente para los que tenemos relación con el lenguaje por vocación o profesión, resulta significativo que en nuestro país exista un lenguaje tan rico, diverso y abundante que con la más mínima expresión podemos reflejar nuestra idiosincrasia y lo que realmente somos. En cuanto a la primera parte de este trabajo en la que se trata la caracterización del lenguaje en la obra de Juan Gossaín, se puede afirmar que:

En primer lugar, en nuestra sociedad colombiana ha existido y existe un lenguaje poderoso que ha marcado nuestro devenir histórico como nación, tanto en las décadas de conflicto como en los intentos de acuerdos de paz. En cada uno de nuestros actos comunicativos hemos forjado un lenguaje como nación que posee la particularidad de ejercer influencia en los demás. La variedad de acentos y el sin número de vocablos que tenemos a lo largo y ancho de todas las regiones de nuestro país, nos muestra esa fuerte herencia cultural que poseemos y que se refleja en un lenguaje con el cual interactuamos diariamente, transformando así las tradiciones de nuestra sociedad con cada acto comunicativo.

En segundo lugar, un lenguaje divertido que nos ayuda como individuos de una sociedad a afrontar con humor la dura realidad. El lenguaje que usamos los colombianos es tan jovial y divertido que nos ha caracterizado por tener una identidad cultural al punto que hay quienes superficialmente consideran que somos unos de los países más felices del mundo, en realidad esa identidad es el reflejo constante de nuestra idiosincrasia que ha surcado años tan terribles de violencia que han sido enfrentados en buena medida con el ingenio y el humor que desplegamos en nuestro lenguaje y en nuestro diario vivir. Justificando así la diversión que encontramos en el lenguaje que usamos cotidianamente en nuestras interacciones sociales y que nos empuja a una constante búsqueda de nuevas formas de expresar nuestra cultura y enfrentar la realidad.

En tercer lugar, está el lenguaje dinámico que no es otro diferente al que reinventamos diariamente en nuestros actos comunicativos que condiciona nuestra individualidad como seres sociales pertenecientes a un grupo cultural particular que evoluciona lingüísticamente cada día. Evolución que nos lleva a adaptarnos al lenguaje de los nuevos actores de nuestra sociedad que son los jóvenes y las tecnologías, que son los que introducen cambios acelerados en la forma como concebimos nuestra identidad y el mundo.

Las palabras nos ayudan a nombrar nuestra realidad, por ello al seleccionar determinados vocablos podemos usar un sin número de significaciones que deberán integrarse a un código común para ser compartidas, y que nos ayuda a identificarnos pertenecientes a una sociedad con la cual interactuamos por medio de actos comunicativos llenos de toda la carga emocional integrada al mensaje y a la palabra.

En cuanto al segundo capítulo de este trabajo que refiere a la palabra podemos concluir lo siguiente:

Un aspecto que resulta inaprensible, y por lo mismo sinónimo de la riqueza del lenguaje, en relación con los imaginarios de quien percibe la realidad, es el hecho de que cada individuo tiene su propia percepción en torno a las cualidades de la palabra, lo bella o lo fea que esta resulta, aportando así sus propias sensaciones y construcciones de sentido. Un aspecto tan subjetivo que hace que cada persona perteneciente a un bagaje cultural ancestral común tenga diferentes percepciones de la realidad.

Cada cultura es la que define la vida útil de las palabras, y así como las personas que las usan, también tienen una existencia limitada que la define el uso que de ellas se haga en los actos comunicativos. Son las instancias culturales las que delimitan la utilidad de una palabra en la medida que esta tenga profundas significaciones para un grupo humano particular.

Las palabras son poderosas porque influyen en la forma de actuar y pensar de los demás, es decir, hay una intención que lleva a que un sujeto hablante se apropie de su competencia lingüística y lleve a que otro haga a través del lenguaje, es un hacer transformador. Pero no solo eso, sino que también las palabras tienen el poder de condicionar nuestro destino que puede resultar favorable o no por esa especie de fe que le adjudicamos a la palabra de cambiar nuestro paso en la historia de este mundo. Porque las palabras pueden condicionar el discurso de las personas que a través del lenguaje influyen en los otros, e incluso pueden llegar a ejercer manipulación y control social.

Algo que nos identifica social y culturalmente son los múltiples usos que le damos a las palabras. Esos variados usos que le damos a diversos vocablos resultan de nuestras interacciones sociales en las cuales otorgamos múltiples significaciones a las palabras, según el contexto en que las usemos. Lo cual permite concluir que el lenguaje es un asunto vivo, y que el español comporta variedad dentro de la unidad.

Después de analizar las características del lenguaje y la palabra en los relatos de Juan Gossain bajo la teoría de la Semiótica de la Cultura, se considera que el lenguaje que hablamos los colombianos es rico en su uso, léxico y, hacer transformador, sobre todo está impregnado de un dinamismo tal que lo impulsa a recrearse y reinventarse cada día en la comunicación diaria de nuestras interacciones sociales porque se nutre de la diversidad de sus hablantes.

Por último, cabe mencionar que, la narrativa del escritor colombiano Juan Gossain es tan variada y rica, pero infortunadamente tan desconocida que solo resta hacer una invitación a sumergirse en ella, en sus novelas, cuentos, y especialmente en sus relatos, cuyo acercamiento nos hará concientizar del fenómeno sociocultural presente en el lenguaje que usamos y por medio del cual nombramos y comprendemos nuestra realidad.

Referencias Bibliográficas

- BERNAL, J. (1983) *Algunas ideas de Aristóteles sobre el lenguaje*. Número 3
septiembre –diciembre. Thesaurus.

Recuperado de:

https://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/38/TH_38_003_013_0.pdf
- CELAYA, G. (1955). “*La poesía es un arma cargada de futuro*”. Cantos íberos.

Recuperado de: <https://www.poesi.as/gcel5500.htm>
- CUERVO, J. (1907) *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. París: Roger
y Chernoviz editores.

Recuperado de: <https://archive.org/details/apuntacionescr00cueruoft/page/n8>
- DEL PINO DÍAZ. M.J. (1980) Rufino José Cuervo y su aportación a la lingüística
del siglo XIX. Revista Cauce # 3. Centro virtual Cervantes.
- ECO, U. (1986). *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*. Barcelona:
editorial Lumen.

_____(2000). *Tratado de semiótica general*. Barcelona: editorial Lumen.

_____(1990) *Semiótica y filosofía del lenguaje*. Barcelona: editorial
Lumen.

Recuperado de:

http://blogs.fad.unam.mx/asiagnatura/ma_del_carmen_rossette/wp-content/uploads/2014/02/Semi%C3%B3tica-y-Filosof%C3%ADa-del-Lenguaje-Umberto-Eco-copia.pdf

- FUENTES, A. (1948). “*La Múcura*”. Canción. Recuperado de:
<https://www.youtube.com/watch?v=k6zMb9DfeSo>
Wikipedia. Recuperado de: <https://es.wikipedia.org/wiki/M%C3%BAcura>
- GONZALEZ, Victoria. (2009). *Palabras en la guerra*. Revistas universidad externado de Colombia. Bogotá. Recuperado de:
<https://revistas.uexternado.edu.co/index.php/comciu/article/download>
- GOSSAÍN, J. (2018). *Las palabras más bellas y otros relatos sobre el lenguaje*. Bogotá: Intermedios editores.
- MANGUEL, A. (2010) *La ciudad de las palabras*. México. Editorial Almadía.
- MOLINER, S. (2019) *Escribir sin errores*. Bogotá: Editorial Aguilar.
- PLATÓN. (1871) *Obras completas. Crátilo*. Madrid: edición Patricio de Azcarate.
Recuperado de: <http://www.filosofia.org/cla/pla/img/azf04347.pdf>
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua española*. Version Online. www.dle.rae.es

- RESTREPO, F. (1917). *El alma de las palabras. Diseño de semántica general*. Barcelona: Editorial barcelonesa.
Recuperado de:
<https://archive.org/details/elaladelaspalab00restuoft/page/n5>
- ROUSSEAU, J.J. (2017) *Ensayo sobre el origen de las lenguas*. Menorca: Edu Robsy editor.
Recuperado de: <https://www.textos.info/jean-jacques-rousseau/ensayo-sobre-el-origen-de-las-lenguas/descargar-pdf>